LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	30 pesetas.	16 pesetas	9 pesetas.
Provincias	35 »	18	10 »
Portugal.....	7.520 reis.	3.890 reis.	2.160 reis.

AÑO XV.—NÚM. XXIX.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS 12, PRINCIPAL.

Madrid, 15 de Octubre de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fr.	3 pesos fs.
Filipinas y Américas....	12 »	7 »	4 »
Extranjero.....	40 francos.	22 francos.	12 francos.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don Antonio F. Grilo.—Diálogos, por don José Selgas.—Manifestacion radical.—Viaje del rey.—Bibliografía: La filosofía de la moral, por el doctor Ecequiel Rojas, de Colombia: carta al señor don Camilo Manrique de Lara, por don José Amador de los Rios.—La instruccion pública en Egipto, por don Eusebio Blasco.—Partida de tropas.—Estudios sobre la Edad Media, por don Manuel Castro y Guerra.—Inauguracion del túnel del Mont-Cenis.—Un libro de filosofía original español: El derecho natural por don Juan Alonso Eguilaz, por don G. Calvo Asensio.—Severino Grattoni.

GRABADOS.—Madrid: Paso de la manifestacion radical por la calle de Alcalá.—Viaje regio: Cervera: visita de S. M. al presidio antigua Universidad.—Lérida: Pabellon improvisado por la Diputacion provincial en casa del señor Nuet.—Entrada de S. M. en la poblacion.—Zaragoza: Arco erigido en el Coso por el comercio, en loor de S. M.—Arco levantado en la calle de San Gil por la Tertulia progresista, y procesion de los gigantones.—Logroño: Entrevista de S. M. con el general Espartero.—Madrid: Partida de tropas para Melilla: Despedida hecha al coronel Carmona y fuerzas á sus ordenes.—Inauguracion del túnel del Mont-Cenis: El tren de la comision régia atravesando el túnel.—La máquina perforadora de los Alpes.—Italia: Inauguracion del túnel del Mont-Cenis; llegada del tren de la comision.—Turin: La alameda de los plátanos transformada en túnel.—Iluminacion del embarcadero, con motivo de la inauguracion del túnel del Mont-Cenis.—Secciones longitudinal y transversal del túnel.—Monsieur Grattoni, director de las obras de perforacion de los Alpes.—Ajedrez.

MADRID.—PASO DE LA MANIFESTACION RADICAL POR LA CALLE DE ALCALÁ (pág. 501).

REVISTA GENERAL.

13 *de Octubre de* 1871.

Antes de fijar la atencion de nuestros lectores en los sucesos locales; ántes de hacer la historia de casa, la crónica de los últimos acontecimientos, séanos permitido emprender una rápida excursion al revuelto mar de las noticias exteriores.

En el libro, en la hoja suelta, en el periódico, en todas las múltiples y más brillantes manifestaciones del pensamiento humano, se ha hablado ya del acontecimiento monstruoso; del alarde magnífico de la ciencia; de la anhelada inauguracion del túnel de los Alpes. El siglo XIX es incansable para las obras titánicas. El genio de Lesseps encadenó á su carro de triunfo hace pocos meses dos mares soberbios como dos indómitos corceles. Otro grande hombre encierra hoy en el corazon de una montaña inmensa el águila de vapor, el relámpago de la inteligencia, el mensajero instantáneo de los futuros destinos de dos poderosas naciones; la locomotora.

¡Gloria al siglo artista, al siglo fecundo! ¡al siglo encargado de la regeneracion dichosa de los pueblos!

⁂

Entre los hechos más importantes relativos á nuestra nacion, descuella el de la recepcion del príncipe Alfonso por Mr. Thiers, objeto de tantos comentarios por parte de la prensa francesa, y que al fin determinó el ministro de Negocios extranjeros ir á ver al señor Olózaga, para decirle que aquel acto era simplemente una mera atencion. Nuestro hábil diplomático contestó, como era de esperar, que el gobierno de España no daba importancia al hecho, y encontraba, por otra parte, muy naturales las atenciones hácia los príncipes destronados, de lo cual se felicitarian el rey Amadeo y su esposa, que podrian saludar á la emperatriz Eugenia, residente desde hace un mes en la elegante y pintoresca quinta que posee en Carabanchel su señora madre la condesa del Montijo.

⁂

El *Siecle* afirma que uno de estos últimos dias se reuneiron en el campo de *Satory*, celebrando una gran comida, varios oficiales del antiguo ejército imperial. Entre los vapores del *champagne* se fraguaron breves discursos de oposicion en aquella *petitte* asamblea restauradora, contra *Mr. Thiers* y *Mademoiselle* República. Se brindó por Napoleon, y disolvióse el grupo á media noche al grito de «¡Viva el emperador!» El *Times* añade que no hay conspiracion, sino el trabajo lento y difícil de la opinion aislada de unos cuantos, y una propaganda activa, pero legal.

No nos parece del todo oportuno que se pierda el tiempo tan lastimosamente, al borde de las sangrientas escenas que han llenado de luto á la nacion vecina. No basta recordar ni lanzar himnos á lo pasado. Es preciso unirse, con la actividad en el presente y los ojos en el porvenir, sin precipitar el curso de los acontecimientos. Brindar es soñar. Es necesario que la lucha sea infatigable, prescindiendo de sucesos que pasaron. Es necesario que Francia brote regenerada en el hirviente crisol de sus funestas desdichas.

⁂

La Internacional no pierde el tiempo. Estos dias se han extendido multitud de circulares excitando á los obreros á sacudir el yugo de los déspotas del capital.

Mr. Gladstone ha declarado en un *meeting* que la *Internacional* es una institucion interesante, destinada á producir resultados de importancia, aunque algunas veces críticos. Algo aventurada nos parece esta apreciacion.

Algunos diarios, refiriéndose á la Internacional, anuncian una huelga general de todos los oficios para el mes de Diciembre próximo.

No sabemos lo que habrá de exacto en esta noticia, reproducida ya muchas veces y desmentida luégo. Pero si los trabajadores de España se dejan guiar por el ejemplo de sus compañeros de otras naciones, cuya lucha tenaz con los capitalistas ven coronada por do quier con la victoria, es de temer que presenciemos en nuestro pais huelgas, si no tan formidables, por lo ménos tan empeñadas y quizá no tan pacíficas, dado el carácter nacional, como las que hoy tienen lugar en Inglaterra.

La de los obreros maquinistas de Newcastle ha terminado ya, despues de diez y nueve semanas de *paro*, obteniendo los huelguistas un triunfo completo. Pedian la rebaja de una hora en el trabajo diario, ó sea la adopcion de nueve horas en vez de diez, que era el tipo establecido. Todos los medios de conciliacion han sido vanos.

⁂

Todas las naciones se apresuran entre tanto á reanudar amistosas relaciones con Alemania, viéndola en el campo de una gran potencia.

El resultado hasta ahora conocido de la conferencia en Gastein, no ha sido otro que la aproximacion del imperio austriaco al aleman. Lo mismo se puede decir de Dinamarca, que siempre se ha mostrado hostil contra la Prusia, sobre todo despues del año de 1864, en el cual perdió, como se sabe, las provincias de Schleswig y Holstein. Una prueba del cambio de aquel reino en favor de Alemania, vencedora hoy de una de las primeras potencias de Europa, es que se ha resuelto en los círculos competentes de Copenhague no continuar las agitaciones contra Prusia, con objeto de recuperar los distritos septentrionales de las provincias perdidas en aquella fecha.

⁂

Se habla en Paris, segun cartas de algunos corresponsales, de los proyectos que, con razon ó sin ella, se atribuyen á Víctor Manuel, de fundar el imperio latino. La prensa tambien se preocupa con esta idea, que coloca la influencia de Francia en lugar secundario.

Esto parece más extraño, hallándose al frente del gobierno *Mr. Thiers*, ministro de la dinastía de *Orleans*, que en 1846 ligó los intereses de los franceses y los españoles por los casamientos reales. Con este motivo, la prensa de Paris da rienda suelta á su vena cáustica. Esta oposicion se atribuye, con razon fundada, al despecho que produce en Francia la diestra y afortunada política de Víctor Manuel, que despues de haberse apoderado de la Italia y la Sicilia, y engrandecido sus Estados, ha puesto un pié en España y otro en Portugal.

⁂

Ya que de Italia nos ocupamos, no queremos pasar por alto la animacion que presenta Turin estos últimos dias. Una muchedumbre de extranjeros inunda sus plazas, sus jardines y sus inmensos *boulevards*.

Su admirable situacion topográfica, sus largas calles, sus iglesias, sus museos, sus renombrados monumentos, hacen hoy de Turin una ciudad *única* en su género, que presenta un aspecto magnífico con motivo de la inauguracion del túnel del *Mont-Cenis*. El dia en que tuvo lugar este notable acontecimiento, del cual damos una idea en este número por medio de dos grabados, aparecieron en perfecta iluminacion todos los edificios de Turin, y el golpe de vista que presentaba la ciudad era deslumbrador. Sobre el ponton de la fachada de uno de los edificios públicos, se veia un inmenso trasparente representando la Francia y la Italia, dándose la mano por encima de la nueva vía. Esta iluminacion ha costado 25.000 francos.

Al dia siguiente inauguró el príncipe de *Carignan* el monumento de *Paleocapa*. Por la tarde hubo recepcion en la plaza *Castello*, en la Prefectura, y al otro dia S. M. el rey dió una comida en el Palacio Real.

⁂

Ya habrán llegado á Cuba los refuerzos que envia el gobierno español al ejército de operaciones en aquella isla, para que emprenda la campaña de invierno. La campaña de verano ha sido eminentemente activa, y tal, que sólo fueron capaces de concebirla y realizarla los soldados españoles, que multiplican en el peligro sus heróicas fuerzas. Todos creimos que al acercarse la primavera de 1870 se lograria la completa pacificacion de la isla. Pasaron seis meses, y la esperanza se desvaneció. Se acercó el otoño del mismo año, y sólo los mas desconfiados pudieron creer que llegase la primavera del 71 sin que se restableciese la tranquilidad. Los pesimistas acertaron, y á pesar de la actividad de la campaña de verano, no se ha logrado la total exterminacion de los rebeldes, que no creemos lejana.

⁂

En los primeros dias de este mes ha desaparecido rápidamente de la escena política el ministerio Ruiz Zorrilla, que tenia proyectadas varias reformas y economías. Esta caida ha sido objeto de una entusiasta y numerosa manifestacion del partido radical, en union con el republicano. Ganada por el señor Sagasta la votacion de presidente del Congreso, el señor Ruiz Zorrilla creyóse en el caso de presentar su dimision, que fué admitida por S. M., nombrándose como Gabinete interino al que hoy preside el general Malcampo. Mucho tiene este ministerio que arreglar en todos los ramos de la pública administracion, si, lo que parece difícil, permanece mucho tiempo en el poder.

⁂

Madrid ha recobrado por completo su animacion, y vuelve á ser el Madrid de siempre. El movimiento del invierno, la vida de la inteligencia despierta en las Cámaras, en los Ateneos, en la Universidad, en fin, cuya apertura se ha celebrado solemnemente el dia 1.º del actual. El discurso de inauguracion, que se nos ha remitido galantemente, fué leido por su autor, el doctor don Francisco Pisa Pajares, y es un documento de gran importancia. Galanura en el lenguaje, belleza en la forma, grandeza en los conceptos, y una erudicion nada comun, son las galas que más campean en el trabajo á que nos referimos, y por el cual damos la enhorabuena á su autor.

Los teatros se ven cada noche más favorecidos, y no queremos terminar esta *Revista* sin hacer mencion especialísima del que tiene á su cargo el señor Catalina en la plaza del Rey. El mundo aristocrático, las damas más hermosas de la escogida sociedad madrileña, eminencias políticas, poetas, artistas, cuanto de juventud, de inteligencia y de riqueza encierra la corte de España, se encuentra reunido en aquel afortunado coliseo. Por espacio de algunas noches ha venido ejecutándose la inmortal comedia de Lope de Vega, príncipe de los dramáticos españoles, titulada: *Amantes y celosos, todos son locos*. Con decir que los papeles principales estaban confiados á la inimitable Matilde Diez, y al tan inteligente como estudioso Manuel Catalina, podrá juzgarse del mérito de la representacion. La comedia estrenada últimamente en el mismo teatro, con el título de *La línea recta*, no agradó al público, sin que podamos explicarnos esta desaprobacion, que atribuimos únicamente á no encontrarse los espectadores favorablemente dispuestos á escucharla. La obra, aunque revela una inteligencia prematura para la escena, está escrita en magníficos versos, que descubren un buen poeta, y creemos, por consiguiente, que el verdadero mérito tiene derecho á exigir del público, galante y generosa consideracion. Sentimos este percance, que ha llevado un gran desconsuelo á una desventurada familia falta de recursos.

En el Príncipe se ha estrenado tambien *La Beltraneja*, drama histórico, en tres actos y en verso, de los señores Retes y Echevarría. El éxito de esta obra ha sido extraordinario, y el público no se cansa de admirar sus excelentes situaciones, que aplaude con frenesí. Damos la enhorabuena á la empresa del teatro Español. Todos los artistas que toman parte en la ejecucion del drama desempeñan con acierto sus papeles, en particular la señorita Boldun, que raya á una gran altura.

En nuestra próxima *Revista* nos ocuparemos de la inauguracion del teatro Real.

ANTONIO F. GRILO.

DIÁLOGOS.

IV. (1)

LA DECLARACION.

Á los gritos de Rosalía acudió Sergia atribulada, llevando una luz en la mano, y mirando con ojos medio espantados y medio dormidos.

El reflejo de la luz iluminó la estancia, y pudo ver á Rosalía refugiada en un rincon, oculto el semblante entre las manos, con el horror trágico de quien experimenta la vision pavorosa de un terrible espectro.

En cambio Inés se hallaba á dos pasos de la puerta, fruncido el entrecejo y risueña la boca, con los brazos cruzados en ademan resuelto. Presentaba una actitud heróica: parecia al luchador pronto á lanzarse sobre su adversario; en su entrecejo se advertia fiereza, mientras que la sonrisa que agitaba sus labios descubria la satisfaccion anticipada del triunfo.

En el umbral de la puerta, abierta de par en par, se hallaba un hombre con un pié dentro y otro fuera, como indeciso entre seguir adelante ó retroceder. Su vestido de camino anunciaba á un viajero, en cuya persona, no mal modelada, se distinguia aire cortesano. Era jóven.

Detrás de esta figura, cuyo aspecto comenzó á tranquilizar á Sergia, se veia otro hombre que, caido en tierra, hacia esfuerzos supremos por levantarse, y con voz desabrida, semejante á los ronquidos que exhalan al abrirse ó al cerrarse las puertas desvencijadas, y con acento lastimero, decia:

—¡Uf!... he caido como un trapo.—Maldita ocurrencia... ¡ay!... ¡ay!... Jorge, si usted no me ayuda, no voy á poder levantarme.

Inés, dirigiéndose al jóven, le dijo:

—Caballero, me parece que no es una gran hazaña asaltar de este modo el tranquilo retiro de dos mujeres indefensas.

—Señora, contestó él, me confieso culpable de tan atroz atentado; pero yo no soy más que cómplice: el autor del crimen es su marido de usted.

—¡Sí! ¡sí! exclamó la voz lastimera. Yo soy el autor de esta idea magnífica, que por más señas me va á costar un mes de cama. ¡Ay, Inés! me siento descoyuntado... ¡Uf!... cómo me duele esta rodilla... creo que me la he partido.

Inés se mordió los labios, tal vez por no reirse. Rosalía se atrevió á apartar las manos que sujetaban sus ojos, y el autor del crimen, resoplando como un fuelle roto, pudo levantarse, gracias al auxilio que le prestó su cómplice; y entónces, arrastrando los piés como si cada uno de ellos le pesara dos quintales, entró en el vestíbulo, se desplomó sobre la butaca que halló más próxima, y continuó diciendo:

—Estoy muerto. Quise dar un gran golpe, y en efecto, lo dí soberano. Pero ¿cómo ha sucedido esto? Es claro, yo venia delante, seguro de sorprenderte, porque, vamos, queria saber á ciencia cierta la verdadera causa de tu desaparicion, quiero decir, de tu fuga, ó lo que sea;—pues aunque sospeché que en el afan de despedir á tu amiga te se pasó el tiempo, y el tren, que no espera á nadie, tomó el portante, dejándote en Zumarraga con la boca abierta.—Esto de viajar á son de campana tiene, como todas las cosas de este mundo, sus inconvenientes; eso sí, el vapor es un gran descubrimiento; pero ántes era inútil, porque no se viajaba tanto. ¿Qué habias de hacer en Zumarraga? Pudiste esperar el tren inmediato; pero ¿te habias de quedar sola?

Rosalía cortó este periodo, que tenia trazas de ser interminable, diciendo:

—Sí, señor, eso es lo que ha sucedido. Yo entónces le aconsejé que se viniera conmigo á Zumaya, y aquí estamos.

—No, replicó Inés; dejé voluntariamente que el tren partiera, y voluntariamente he venido aquí á pasar la temporada de baños. No tengo por qué ocultarlo.

—¡Hola! exclamó el sexagenario. ¿Con que es una broma que ha querido usted jugarme? ¿Pues sabes, querida mia, que es una broma muy pesada? ¡Diablo! no le encuentro la gracia. Corro en busca de mi mujer como un desalado; llego molido del camino, y al entrar aquí, *¡paf!* se cierran las dos hojas de la puerta, y *¡plon!* me dan de golpe en las narices, en las rodillas, y *¡cataplun!* caigo cuan largo soy. Créeme; de todas mis costillas, tú eres, Inesita, la única que tengo sana.

Inés movió la cabeza con ademan impaciente, diciendo:

—¿Y á usted, señor mio, quién le manda meterse en semejantes aventuras?

—En la cama, exclamó el marido descoyuntado, es donde ahora quisiera meterme. En ella harás que me sirvan la mejor cena posible; tengo el estómago en los talones.

—Aquí no se cena, replicó Inés; comemos á la francesa.

—No importa, dijo Rosalía interrumpiendo á su amiga; se dispondrá una cena para estos señores.

—De ningun modo, se apresuró á decir Inés. Estos caballeros pueden cenar y dormir en la posada. No podemos darles hospedaje.

—¿Y quién me lleva á mí á la posada, exclamó el marido, si no puedo moverme?

—Está cerca, añadió Inés. Además, conviene que hagas un poco de ejercicio; te seria fatal el reposo despues de tan tremenda caida.

—¡Qué quieres de mí! gritó él mirando á su mujer con ojos aterrados.

—Ahora lo verás, contestó ella. Rosalía, tú eres fuerte y amable; dale el brazo á mi marido, y ayúdale á dar unos cuantos paseos por el jardin. Vamos; ántes que se enfrien los golpes, es preciso hacer un esfuerzo. Es mi amiga Rosalía, á quien te presenté en Zumarraga.

Diciendo esto, hizo una seña de inteligencia á Rosalía, que se acercó. El viejo lanzó un suspiro estrepitoso, y mirando alternativamente á una y á otra, dijo con cierta galantería:

—¡Ah, señoras, quién se resiste!

Y apoyándose en ambas al mismo tiempo, apretó los dientes, ahogó un gemido desesperado y se puso de pié.

—Ahora, añadió Inés, toma el brazo de Rosalía, y dad algunas vueltas por el jardin; es remedio seguro para los golpes en las rodillas. Yo no os sigo, porque el relente me produce jaqueca; y como no me gusta quedarme sola, Jorge me acompañará mientras vosotros paseais.

Miró Rosalía á su amiga con ojos desconfiados, pero debió tranquilizarla la sonrisa de Inés, pues rompió la marcha diciendo:

—Vamos, caballero.

Viéndolos Inés alejarse por las calles del jardin, se volvió á Sergia y le dijo:

—Deje usted la luz sobre la mesa, y puede usted retirarse. Jorge, añadió, siéntese usted en esa silla cerca de la puerta, pues no es justo que se prive usted del fresco de la noche por hacerme á mí compañía. Yo me siento aquí en la butaca que ha dejado mi marido: es muy cómoda, y en ella le oiré á usted con mucho gusto. Vamos, hábleme usted de alguna cosa agradable, porque me siento algo aburrida.

—Es natural, contestó Jorge sentándose, y además es justo.

—¿Por qué? preguntó ella.

—Es natural, porque Zumaya es bastante ménos agradable que Biarritz; y es justo, porque es el castigo que merece el singular capricho de habernos abandonado en el camino. ¿Se rie usted?...

—¡Oh, sí! me rio con toda mi alma, lo cual le probará que ha sabido elegir la conversacion más á propósito para sacarme de mi aburrimiento. No puedo contener la carcajada cuando imagino la cara que pondrian al encontrarse sin mí.

—Imagínese usted cuál seria nuestro asombro... Pero por más vueltas que le doy, no encuentro la explicacion de tan raro capricho.

—Los caprichos, advirtió Inés, no tienen explicacion; y sin embargo, usted podria encontrársela á éste. No hay que admirarse: la cosa es muy natural y muy sencilla. Usted se ha hecho íntimo amigo de mi marido; lo visita usted con frecuencia, y hasta parece que participa usted de sus inclinaciones y de sus gustos. Este año ha querido usted acompañarnos en nuestra expedicion á Biarritz, es decir, acompañar á mi marido, que ya no sabe vivir sin usted. Pues bien; ¿no parecerá inexplicable que un jóven como usted se dedique á ser el amigo íntimo y el compañero asiduo de un pobre viejo como mi marido?...

—Señora...

—Déjeme usted acabar. Al salir de Madrid me encontré con una amiga de la infancia á quien no habia visto hace mucho tiempo. Durante el camino hemos renovado nuestra amistad, atando de nuevo los lazos de nuestro cariño. Viene sola, y yo he querido acompañarla. Debíamos separarnos en Zumarraga, y nos apeamos en la estacion. Ustedes se apearon tambien y vinieron á saludarnos, y yo les presenté á mi amiga. La campana anunció que el tren iba á partir; subí á mi departamento reservado, y ustedes se fueron al suyo. «Espera, le dije á Rosalía en voz baja; y tomando mi *cabás* y mi abrigo, me apeé de nuevo, y cogiendo el brazo de mi amiga corrimos pegadas á la línea de coches hasta que llegamos á la cola del tren, que á los pocos instantes se puso en movimiento.—¿Qué has hecho? me preguntó Rosalía.—Ya lo ves, le contesté; quedarme aquí contigo.—¡Qué locura! exclamó.—Sí, le dije, una locura llena de juicio.» Aquella noche llegamos á este pueblo y nos instalamos en esta casa. ¿No es muy natural que deje las delicias de Biarritz por venir á hacer compañía á la cariñosa amiga de mi infancia?

—Sin duda, señora; pero sin decir nada... Eso es lo que yo no comprendo.

—Pues esa era la gracia del caso. ¿Le parece á usted que me he reido poco pensando en el chasco que se han llevado?

—Chasco, no, señora; susto fué lo que sentimos. Al llegar á la estacion de San Sebastian, me apresuré á salir del coche para ir á ofrecerle mis respetos; mas con gran sorpresa encontré vacío el departamento en que usted venia. Registré todos los coches del tren; recorrí los alrededores de la estacion; visité una por una las habitaciones, y confuso, sin saber qué pensar, busqué á mi compañero de viaje y le dije: «Inés no parece.—¡Cómo! exclamó, no es posible.» Investigamos de nuevo, hicimos mil preguntas al conductor del tren, al jefe de la estacion, al maquinista, á los pasajeros, á todo el mundo, sin obtener respuesta alguna satisfactoria. Pronto corrió la noticia de que una señora se habia perdido desde Zumarraga á San Sebastian, y unos decian: «¡Demonio, aunque fuera un saco de noche!» Otros: «Va á ser preciso facturar á las mujeres para que no se pierdan tan fácilmente.» No se ria usted, Inés, porque nosotros estábamos aterrados. A los dos nos ocurrió la misma sospecha, y temimos una horrible desgracia.

—¿Qué desgracia? preguntó Inés.

—Una, posible al ménos: usted iba sola en el coche; pudo quedar la portezuela mal cerrada; suponíamos que habria usted querido asomarse, que se apoyaria sobre el ventanillo, que la puerta se abriria inopinadamente, cayendo usted de cabeza sobre la via. Era preciso pensar algo, y pensamos eso.

—¡Qué horror! exclamó Inés.

—Hablamos con el jefe de la estacion, al que le pareció increible nuestra espantosa sospecha; sin embargo, convino en que era posible, y á instancias nuestras puso en movimiento el telégrafo, y no nos movimos de allí hasta que pudimos tranquilizarnos. El tren habia seguido su camino, llevándose á Biarritz nuestros equipajes, y resolvimos volver á Zumarraga, como lo hicimos aquella misma madrugada. Allí hemos pasado dia y medio haciendo averiguaciones, hasta que el mayoral del coche que las trajo á ustedes nos dió un rayo de luz que nos ha conducido hasta aquí.

—¿Y le parece á usted, preguntó Inés, digna hazaña sorprender así á una pobre mujer indefensa?

(1) Por un error se puso al anterior *Diálogo* el núm. IV, en vez del III, que era el que le correspondia.

—Se empeñó en ello; decia que era una idea magnífica, y no pude persuadirle.

—Lo creo... Los viejos suelen ser tan tercos como los niños. ¡Ay! añadió lanzando un gran suspiro; soy muy desgraciada.

—¡Oh!... exclamó Jorge suspirando tambien.

—No consiento las adulaciones, dijo Inés. Y si en vez de distraerme se pone usted á hacer el duo á mis suspiros, nos van á encontrar aquí á los dos llorando á lágrima viva, y ya ve usted, se van á reir de nosotros.

—Para evitar esa contingencia, replicó Jorge algo picado, el mejor medio será persuadirla á usted de que es la mujer más feliz del mundo.

—Muy bien, caballero; la idea es ingeniosa, y ya me tiene usted llena de curiosidad. Veamos, veamos. Sáqueme usted pronto de este error en que vivo: haga usted esa obra de misericordia.

—Me parece, Inés, que convendremos en que ocupa usted en el mundo una posicion envidiable.

—Sí, convengo en ello, y reconozco que el veinticinco por ciento de las mujeres que me conocen envidian mi suerte; pero en realidad, ¿es envidiable?

—Sin duda, contestó Jorge. Ha sabido usted conquistar la voluntad de un hombre opulento, esto es, rico; que la rodea de comodidades y de lujo, sobre el que ejerce usted un dominio decisivo. Ciertamente no es jóven, ni posee las cualidades atractivas del talento, ni es tampoco de esos caractéres que arrebatan por el ímpetu de arranques generosos; en cambio está usted algo léjos de experimentar los disgustos que siempre ocasionan las infidelidades; no se separa de usted ni un momento, y si su conversacion no es amena, preciso será reconocer que es inagotable. Me parece que no hay razon para que se tenga usted por desgraciada.

—No obstante, quiero convencerme por completo: prosiga usted, prosiga.

—Queda poco que añadir; está reducido á pocas palabras: usted ha elegido su suerte. Es natural que consultara usted con su corazon, y en este caso...

—Quedo plenamente convencida, exclamó Inés riyéndose á carcajadas. El argumento no tiene vuelta de hoja. ¡Qué obcecacion!... ¡Creerme infeliz cuando soy la más dichosa de las mujeres! Es muy insustancial el corazon humano. Mas sea como quiera, confieso que no tengo derecho á quejarme. Pude elegir un hombre que hiciera mi dicha, y elegí al que me rodea de comodidades y de lujo. ¿Qué más da?

—¡Ay, Inés!

—¡Hola! ¿vuelve usted á los suspiros? Si se obstina usted en afligirse, me va usted á poner en el caso de que lo saque del lamentable error en que se encuentra.

—¿Acaso usted conoce la causa de mi desdicha?

—Sin duda, la conozco perfectamente. Las mujeres que nos casamos con hombres viejos, adquirimos al instante la experiencia que dan los años. Sí señor, sé que está usted furiosamente enamorado. Y sé más; sé que soy yo el objeto de esa pasion furibunda.

—¡Inés! exclamó Jorge sin saber qué valor dar á las palabras que acababa de oir.

—Ni más ni ménos, prosiguió ella diciendo. Ya se ve; no soy excesivamente bella, pero soy jóven y estoy casada con un viejo, y esto es un encanto poderoso para las almas sensibles. Hablo formalmente. El corazon de la mujer que une su juventud á un marido cargado de años, de arrugas y de impertinencias, no pertenece á nadie, y hé ahí por qué todos quieren apropiárselo. Comprendo el tierno interés que debemos inspirar. Usted me ama, ¿no es esto?

—Sí, contestó Jorge con voz apagada. Jamás me hubiera atrevido á decirlo; pero usted lo ha dicho.

—Es verdad; yo he provocado esta declaracion, por que la veia inevitable. He huido de ella cuanto he podido, y ahora, ya lo ha visto usted, he salido á su encuentro bizarramente. Me gustan las situaciones despejadas. Nada más fácil que engañar á ese pobre sexagenario que me ha comprado como una joya, y me luce como una alhaja. Usted es su amigo, su amigo íntimo, y yo soy su mujer, y podemos tapar sus ojos con una doble venda. Al mundo no será tan fácil engañarlo, pero al mundo no le sorprenden estas cosas; cuando no suceden, las supone. Déjeme usted que concluya; todas las circunstancias nos favorecen. Yo tengo mi excusa en el viejo, y usted no necesita excusarse. Verdaderamente no será muy noble nuestra conducta, pero el amor nos disculpará á nuestros propios ojos. Mas hay una dificultad insuperable.

—¡Inés! exclamó el afortunado amante, juro á usted que...

—Nada de juramentos, añadió ella interrumpiéndole; no son necesarios. Usted me ama, ¿no es esto?

—¡Oh! sí, con todo mi corazon, dijo Jorge. No puedo, ni quiero, ni debo ya ocultarlo.

—Pues bien, amigo mio, yo aconsejo á usted que abandone discretamente la amistad de mi marido y renuncie á sus pretensiones; no me inspira usted sentimiento ninguno. Qué quiere usted; su amor me da risa, me parece soberanamente ridículo, y creo que no debemos volver á hablar de semejante asunto.

Diciendo esto se puso de pié, y con voz trémula y oscura gritó desde la puerta:

—¡Rosalía, Rosalía!

—Allá vamos, contestó el viejo.

VIAJE RÉGIO.

CERVERA.—VISITA DE S. M. AL PRESIDIO (ANTIGUA UNIVERSIDAD, pág. 501).

Llegó Rosalía arrastrando al marido de su amiga, y ésta dijo:

—Esta es la hora que tenemos costumbre de retirarnos: la cena y la cama los espera á ustedes en la posada. Buenas noches.

Cuando las dos amigas se vieron sólas, se miraron, y Rosalía dijo:

—Tienes una lágrima en cada ojo.

Inés contestó:

—Los ojos podrán llorar todo lo que quieran, pero la lengua ha dicho lo que debia decir. Es muy triste mi destino, engañé al viejo haciéndole entrever que podria amarle, y acabo de engañar á Jorge asegurándole que no le amo.

JOSÉ SEGGAS.

MANIFESTACION RADICAL.

No debemos pasar en silencio, entre los últimos acontecimientos políticos ocurridos últimamente, uno que, como sabe el lector, tuvo su orígen en la caida del gabinete presidido por el señor Ruiz Zorrilla, ó por mejor decir, en la elevacion del señor Sagasta á la silla presidencial del Congreso de diputados.

Un cartel, sin firma, citaba en el salon del Prado á todos los amantes del radicalismo progresista. A poco más de las tres, el espacioso salon era ya pequeño para contener á la multitud que por todas partes afluia: todas las clases de la sociedad daban colorido á aquel acto tan espontáneo.

La comitiva se puso en marcha despues de algunos discursos pronunciados junto al Dos de Mayo. Iban á la cabeza varios socios de la Tertulia, y en una carretela un retrato del general Prim, con un cartel sobre el marco, donde se leian aquellas célebres palabras: «Radicales, á defenderse,» lo cual en la manifestacion fué bastante significativo. Seguian algunas banderas y estandartes con lemas alusivos al objeto; entre otros, recordamos uno que se unió á los manifestantes al entrar en la calle Mayor, que empezaba con estas frases: «Radicales, el comercio cierra y asiste á la manifestacion.»

El grabado que damos á nuestros lectores en la página primera, le tomamos en el momento en que los manifestantes se detuvieron algunos segundos delante de la casa del señor Sagasta.

Despues se dirigieron hácia la Puerta del Sol: frente al ministerio de la Gobernacion prorumpieron en aclamaciones al gabinete dimisionario, siguiendo luégo con el mayor órden hasta la plaza de Oriente, donde se detuvieron con la esperanza de ver á S. M., disolviéndose al poco tiempo, sin que hubiera que lamentar el más ligero desórden, lo cual prueba que el pueblo español va acostumbrándose á ejercer los derechos que ha conquistado con su libertad.

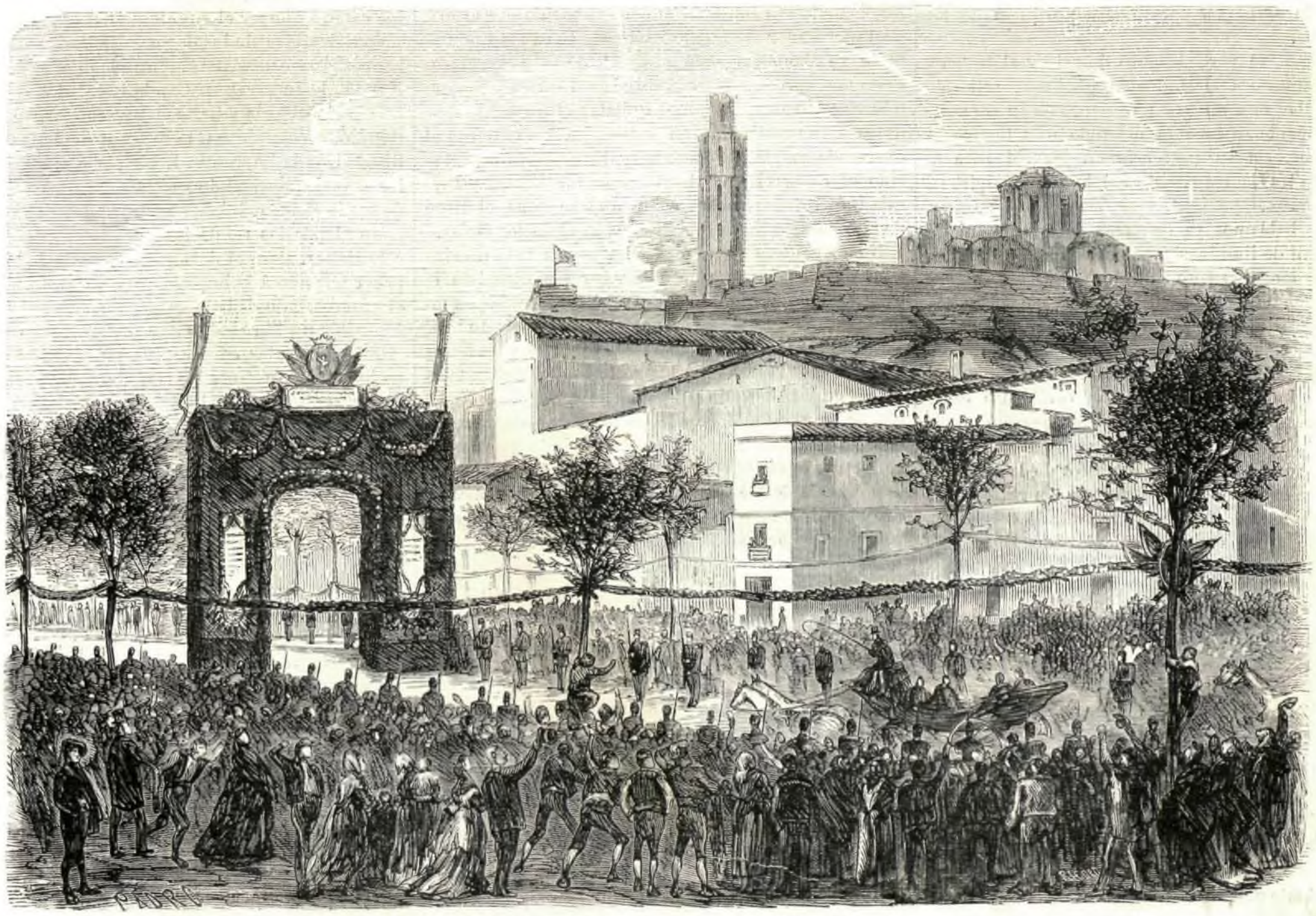
VIAJE DEL REY.

Prosiguiendo la tarea comenzada en números anteriores, por cumplir de este modo un compromiso contraido con el público, seguiremos reseñando lo más notable ocurrido en el viaje de S. M. el rey, asociándonos para ello con el lápiz y el grabado, allí donde no alcance la palabra.

Una vez en Cervera, S. M. visitó la antigua universidad, hoy convertida epigramáticamente en presidio; la antítesis es de marca mayor. En fin, los pensados

VIAJE REGIO.

LÉRIDA.—PABELLON IMPROVISADO POR LA DIPUTACION PROVINCIAL, EN CASA DEL SEÑOR NUET.



LÉRIDA.—ENTRADA DE S. M. EN LA POBLACION.

victorearon al rey, esperando de su soberana clemencia el alivio de su triste suerte. El rey se enteró minuciosamente del trato que recibian y de las condiciones higiénicas del edificio, y es de esperar que haya dejado algun recuerdo de su estancia en él.

En Lérida fué recibido con entusiastas muestras de cariño. Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre el grabado que representa la fachada de la casa del señor Nuel. Por encargo de la diputacion provincial se construyó en la azotea un caprichoso al par que elegante pabellon, de bellísimo conjunto al primer golpe de vista. Componianla cuatro frontones partiendo del centro de la fachada, formando una estrella, en cuyos vértices se veian cuatro planos horizontales en forma de azotea, de los que pendian bellas guirnaldas de flores y multitud de farolillos á la veneciana, resaltando en el centro una hermosa araña de cristal con profusion de luces.

Allí se sirvió á S. M. un espléndido banquete, partiendo ántes de lo que hubiera deseado con direccion á Zaragoza, donde la ovacion ha sido todo lo ardiente y ruidosa que hacia esperar el impresionable carácter aragonés.

Todas las autoridades, altos funcionarios, representantes de la prensa y personas de distincion, salieron á recibir á S. M. á los límites de la provincia.

Á su paso por Tuera fué obsequiada la comitiva con un ligero refresco, mientras se improvisaba en la estacion un baile campestre.

La ciudad tres veces heróica ha echado el resto, como vulgarmente se dice, para obsequiar á su rey. En el Coso lucia un bello y elegante arco de triunfo, mandado levantar por el comercio. Otro no ménos esbelto se veia en la calle de San Gil, como expresion de los sentimientos que animaban á la Tertulia progresista. Sentimos no disponer de más espacio para describir con alguna detencion todas las bellezas y preciosidades con que se ha engalanado la ciudad. Flores y discursos; versos y palomas; todo aquello, en fin, que puede expresar mejor un entusiasmo ardiente.

El pueblo, amante de sus tradiciones, fiel siempre á la leyenda y á las costumbres, dió á S. M. en espectáculo la antigua é inmemorial procesion de los *Gigantones*.

Por último, el rey, despues de asistir al teatro y visitar algunos establecimientos públicos, salió de Zaragoza, llevando un grato recuerdo en su corazon. Indudablemente se hubiera detenido más tiempo, á no ser necesaria su presencia en Madrid para la apertura de las Cámaras. Esto fué lo que precipitó su viaje á Logroño.

Aquí no hablamos ya de arcos de triunfo, ni de banderas, ni de iluminaciones: hablamos de la entrevista de un monarca y un soldado. No vamos á *hacer historia*, como hoy se dice; así pues, narramos hechos sin sentar precedentes ni deducir consecuencias.

El primer campeon de la monarquía en España dió hospitalidad en su casa á Amadeo I: el rey abrazó al soldado de Luchana. Las palabras cambiadas entre ambos en este momento fueron breves, porque un corazon verdaderamente conmovido no es muy susceptible de largos discursos. El patriarca de la libertad, al recibir la honra de ser visitado por tan regio huésped, ha sabido ser, como siempre, vasallo respetuoso y cumplido caballero: el pacificador de España ha mostrado una vez más su veneracion á la monarquía constitucional, y creemos que esta visita á la buena ciudad de Logroño habrá dejado recuerdos indelebles en el corazon de Amadeo I.

BIBLIOGRAFÍA.

LA FILOSOFÍA DE LA MORAL

POR

EL DOCTOR EGEQUIEL ROJAS, DE COLOMBIA.

(París, 1870.—8.º—317 p.)

CARTA AL SEÑOR DON CAMILO MANRIQUE DE LARA.

I.

Mi excelente amigo y respetable doctor: Debo á usted tan cariñosas y exquisitas consideraciones y muestras de amistad, que temeria aparecer á sus ojos con la nota de ingrato, si me negara á satisfacer sus deseos en órden á manifestarle el concepto que me ha sido posible formar de la notable obra, escrita por el distinguido bogotano, el doctor don Ecequiel Rojas, bajo el título de *Filosofía de la Moral*. Calificada, como acabo de hacerlo, de notable, bien advertirá usted desde luego, que es, en mi concepto, la expresada obra digna de muy detenido estudio, no ya sólo en el sentido interno y trascendental de la ciencia, sino tambien en el no ménos importante de las últimas evoluciones, á que el interés ó el capricho de ciertas escuelas políticas intentan hoy sujetarla. En medio del aflictivo espectáculo que por todas partes se ofrece á nuestra fatigada vista; cuando, agitadas por el vértigo de la más dolorosa prevaricacion, se dejan llevar fatalmente las inteligencias, que parecian más privilegiadas, al insondable abismo de las negaciones; cuando, olvidada toda idea del bien y conculcado todo sentimiento de justicia, parecen precipitarse ciegamente los hombres de la presente edad en el cáos de la barbárie,—no es sino muy consolador, para quien abriga todavía alguna fé en los destinos de la raza humana, el escuchar una voz que, aspirando á romper todo yugo, resuene en el palenque de la ciencia con el simpático acento de la conviccion, procurando restablecer, aunque no acertare á conseguirlo, el imperio de la virtud y de la verdad, entrado á saco por la pasion y la mentira.

Y sube para mí de punto lo grato de este inesperado acento, cuando esa docta voz viene de otro hemisferio, donde alienta aún la sangre española, y donde habla la ciencia la lengua de Ercilla y de Cervantes. No es esta, en verdad, la vez primera en que han dado insignes pruebas de ingenio y de talento los hijos de la raza ibérica dentro del continente americano, ni empieza ahora tampoco el suelo de Colombia á dar muestras de fecundidad en el cultivo de letras y de ciencias. La amena literatura, la historia y hasta la crítica han logrado en Nueva Granada, como en otras latitudes de aquel vasto hemisferio, muy distinguidos representantes, los cuales personifican un movimiento intelectual, tan imperfectamente conocido en Europa, cual merecedor de atento exámen. Pero sin que intente yo ahora juzgar á ninguno de estos ingenios, lícito me parece indicar á usted, mi querido amigo, que en vano procurariamos quilatar el grado de madurez á que ha llegado en todas aquellas regiones el expresado movimiento intelectual, olvidado ó preterido el desarrollo de las ciencias filosóficas; y bajo esta importante relacion cobra nueva estima el libro de la *Filosofía de la Moral*, debido al doctor Rojas.

No abarca esta obra, ni ménos revela todo un sistema de filosofía, que dé á conocer por completo la extension, la profundidad y el carácter, que hayan tomado entre los neo-granadinos este linaje de estudios, á que deben las ciencias constante impulso, y las letras á veces su granazon y su lustre, como les deben tambien, en ocasiones, su decadencia y su ruina. Ni ha escrito tampoco el doctor Rojas libre de contradicciones, lo cual pone, sin más, de manifiesto que no impera entre los discretos y estudiosos de Colombia una sola escuela de filosofía. El libro que tengo á la vista es una obra de polémica, y la doctrina, que en él desenvuelve su autor, ha sido negada y refutada con tanto empeño en el suelo bogotano, que le ha forzado al trance de aceptar un desafío científico, acudiendo á los sabios de Europa, para someterse á su imparcial fallo y veredicto.

II.

Publicaba, en efecto, el doctor don Ecequiel Rojas en la *Revista de Colombia* ciertos estudios sobre la filosofía de la ética, ó lo que es lo mismo, sobre los fundamentos de la moral universal, cuando otro doctor neo-granadino, el señor don Ricardo de la Parra, salióle al encuentro en la prensa, para combatir no ya sólo como falsa, mas tambien como absurda, la doctrina por él sustentada. Trabóse en consecuencia ardiente controversia: cada cual de los contendores aguzó su ingenio, extremó sus argumentos, y aspiró á recabar para sí y su sistema la gloria del triunfo. Pero terminada aquella lid, atravesóse en la lucha un nuevo paladin, para segundar los ataques del señor Parra. En el diario de Bogotá, que llevaba por título *La República*, insertaba en efecto el doctor don Manuel María Madiedo, una impugnacion de la doctrina del señor Rojas: replicóle éste, invitándole á discutir ámpliamente en conferencias orales los puntos en que diferian; y no logrado el intento, disponíase á darle respuesta por escrito, cuando llegó á su noticia que la autoridad eclesiástica del arzobispado amenazaba con negar la absolucion á los jóvenes que estudiaban en el colegio del Rosario la ciencia de la legislacion allí explicada por Rojas, suponiendo que esta enseñanza descansaria en la misma base que la «filosofía de la moral» por él anunciada y defendida.

Muy delicada, y áun comprometida, llegaba á ser, en virtud de estos hechos, la situacion del doctor don Ecequiel Rojas. «Esta órden de la autoridad superior eclesiástica de Bogotá (escribia el mismo) implica la idea de que en el colegio del Rosario se enseñan doctrinas falsas en moral, porque sólo esta persuasion podria justificar tan severa censura. Al dar esta órden, se me imputa (añadia) un hecho que, si fuese verdadero, difamaria y deshonraria al director del establecimiento, y á mí en particular; y esta severidad seria justa, porque no se concibe mayor inmoralidad ni depravacion que la de enseñar á la juventud doctrinas erróneas en moral. Yo afirmo que la ofensa es inmerecida, y que las doctrinas que he enseñado y enseño son *verdaderas*, y por consecuencia *buenas*. No entra (proseguia) en mi ánimo el discutir el poder, en cuya virtud pretende la autoridad eclesiástica intervenir en cuestiones meramente científicas. Mas suponiendo que lo poseyera, sólo podria extenderse á la condenacion de doctrinas *falsas*; y por cierto que no se ha hecho uso de este poder en la circunstancia presente, porque las doctrinas condenadas son la expresion de la *verdad*, y no hay medio de probar que sean *falsas*. Yo someto al juicio de los moralistas la moralidad de este acto» (1).

Sentíase, pues, el doctor Rojas impulsado por doble razon á romper el círculo de hierro, en que la oposicion científica de los doctores la Parra y Madiedo, y la oposicion eclesiástica, formulada por el clero de Bogotá, le encerraban. Con la libertad absoluta de la Iglesia, establecia y hermanaba la Constitucion de la República colombiana la libertad de la palabra y la libertad de la imprenta. Rojas podia, por tanto, apelar al voto universal de sus conciudadanos, publicando los hechos, opiniones y doctrinas, sobre que recaian al par las refutaciones doctas y la condenacion eclesiástica. Pero el doctor don Ricardo de la Parra, al poner término á la impugnacion de su doctrina sobre el «fundamento de la moral universal,» habíale retado á escribir un libro sobre esta materia, para someterlo al fallo de ciertas corporaciones sábias de Europa, y no le era dado retroceder con honra ante este reto. El Instituto de Francia, la Sociedad Real de Lóndres y las veinte Universidades de Alemania fueron, pues, los jurados elegidos para pronunciar aquel difícil veredicto, llamado á coronar los generosos esfuerzos de uno de los dos doctores colombianos: Rojas se ha presentado en el palenque, alzada la visera y ostentando en su escudo el mote escrito en sus primeros estudios. ¿Ha cumplido con igual puntualidad el retador? Hé aquí, mi excelente amigo, lo que todavía ignoramos.

III.

Entre tanto, el libro del doctor Rojas ha salido á luz en el pasado año de 1870, puesto en lengua francesa, y precedido de una carta dirigida «á los miembros de la Academia de ciencias morales y políticas del Instituto de Francia, á la Sociedad Real de Lóndres y á las Universidades alemanas.» Es este singular documento el resúmen y, áun podríamos decir, el génesis de toda la obra. El autor de la *Filosofía de la Moral*, expuestas las causas que le mueven á so-

(1) *Filosofía de la Moral*, pág. 56.

licitar el fallo de esos cuerpos sabios, declara desde luego que las principales proposiciones, objeto de la controversia, fueron estas:

1.ª «Los actos humanos tienen, como los cuerpos, caractéres que les son inherentes, es decir, que son leyes de su naturaleza.

2.ª »Estos caractéres consisten: en afectar á los hombres haciéndolos desgraciados ó felices; en ser buenos ó malos, morales ó inmorales, meritorios ó dignos de castigo, justos ó injustos, virtuosos ó viciosos, rectos ó contrarios á la rectitud, etc.

3.ª »Cada uno de estos caractéres tiene su razon de ser, y esta razon de ser se halla en las propiedades inherentes al hombre.»

Recordadas estas proposiciones, anuncia el doctor Rojas que es demostrable la verdad de las mismas, con sólo reconocer en la naturaleza la existencia de las leyes que justifican su afirmacion; y para inquirir cuáles son las que constituyen la razon de ser de los expresados caractéres en los actos humanos, establece estas nuevas cuestiones:

1.ª «¿En virtud de cuál razon son realmente *malos* los actos *malos*, y los actos *buenos* son *buenos*?

2.ª «¿En virtud de cuál razon los actos *inmorales* son *inmorales*, y los actos *morales* son *morales*?»

La resolucion por él dada á entrambas cuestiones, condúcele derechamente á la enunciacion de otra muy principal, objeto preferente de su libro, que formula diciendo:

«¿Cuál es el fundamento de la moral universal?...» No puede esta proposicion resolverse, en concepto del doctor Rojas, sin tener en cuenta la naturaleza de los actos humanos, porque la razon de ser de estos actos y de sus caractéres constituye el fundamento de la moral; y establecer esta razon, es realmente establecer la base de toda moral, cuyo objeto es dirigir á los hombres en la via que al *bien* conduce, preservándolos del *mal*. Así, para determinar satisfactoriamente las acciones que engendran el *bien*, distinguiéndolas de las que engendran el *mal*, plantea la cuestion siguiente:

¿En qué consisten la dicha y la desdicha, ó de otro modo, en qué consisten el *bien* y el *mal*?

Para el autor de la *Filosofía de la Moral*, consisten la dicha y la desdicha del hombre, y esta es la base y piedra fundamental de su filosofía, «en las sensaciones y los sentimientos que afectan su alma,» siendo «las penas lo que le hacen desgraciado, y la satisfaccion de las necesidades del cuerpo y del alma, lo que le hace feliz.» Constituyen, pues, las sensaciones desagradables y dolorosas la humana desventura, y determinan la felicidad las agradables y gozosas. Busca el doctor Rojas la prueba de estos enunciados en el testimonio del género humano, en la conducta de todos los individuos comprendidos en él, en los motivos que inducen á los hombres á arrostrar los peligros y dolores, y en las leyes positivas naturales. Sentados estos precedentes que reputa como necesarios, pasa á tratar las siguientes cuestiones:

1.ª ¿Cuáles son los actos buenos y cuáles son los actos malos?

2.ª ¿En qué estriban la moralidad y la inmoralidad?

3.ª ¿Qué constituye el mérito y el demérito de los actos humanos?

4.ª Lo justo y lo injusto, ¿en qué consisten?

5.ª La virtud y el vicio, ¿qué son?

6.ª ¿En qué se fundan los derechos y cuál es su fuente?

7.ª Los derechos individuales, ¿qué son y cuál es su fuente?

8.ª Derechos del poder soberano: su fuente y sus límites.

9.ª Garantías: ¿en qué consisten?

10.ª Castigos y recompensas: móviles de la voluntad, etc., etc.

IV.

Tal es el conjunto de las proposiciones que el autor de la *Filosofía de la Moral* desarrolla en su libro, llamando sobre ellas en la referida carta la atencion de los cuerpos sabios y docentes, cuyo fallo solicita respecto de la controversia sostenida en Bogotá con los doctores la Parra y Madiedo. No hé menester, mi distinguido amigo, hacer esfuerzo alguno para convencer á usted de la importancia de estas proposiciones, como no necesito tampoco demostrar que un libro, donde se expongan y desarrollen con la extension y profundidad convenientes, cualquiera que sea el criterio filosófico que á ellas presida, habrá de excitar la atencion de los doctos. Escrita la obra del señor Rojas para un verdadero certámen: sometida á la superior competencia de tan altas corporaciones científicas, seria, no obstante, pecado de injustificable parcialidad el adjudicarle el triunfo, sin el conocimiento de la que sin duda habrá presentado el doctor Parra ante los mismos tribunales; como seria tambien temeridad petulante el adelantarse á dar definitivo dictámen sobre el valor y trascendencia de la doctrina profesada por el doctor Rojas, sin que hayan hablado las corporaciones por él aceptadas como jueces supremos. Usted, tan docto en todo linaje de estudios y tan justificado en todas sus acciones, sobre reconocer el riesgo y la imprudencia de tan aventurado fallo, no querrá sin duda que presente yo ahora el censurable ejemplo de faltar á la prudencia y áun á la justicia, tratando precisamente de un libro de moral, ciencia que tan vivamente recomienda el ejercicio de estas virtudes.

Injusto fuera, no obstante, si no indicara aquí, como lo hago, que el libro del doctor Rojas es más que suficiente para poner de relieve las raras y brillantes dotes de dialéctico, pensador y controversista, de que ha hecho larga muestra durante su vida literaria. Lástima es en verdad que al meditar y al escribir, como filósofo, sobre los fundamentos de la moral, no se haya desasido de la dominacion que sobre su espíritu han ejercido desde su primera juventud las doctrinas de Tracy y de Bentham. Sin esta doble influencia, que por entero le domina, formando su bello *ideal científico*, y ahogando su personalidad, como pensador independiente, tengo para mí, doctor querido, que el autor de la *Filosofía de la Moral* hubiera logrado resolver magistralmente los problemas en su libro planteados, é imprimir seguro, vivificador y duradero impulso á los estudios filosóficos en el suelo de Nueva Granada, congregando y hermanando bajo una misma bandera á todos sus cultivadores. Fuera entónces considerado, no como el tenaz partidario de un sistema mixto, que aspira á tener por base otros dos sistemas igualmente insostenibles y ya casi olvidados en el mundo de la filosofía, por más que no hayan uno y otro carecido, en su tiempo, de hábiles sostenedores: su talento analizador, la fuerza y brillantez de su dialéctica, la rectitud indudable de sus intenciones, la autoridad de su palabra, grandemente fortalecida con el hábito de una larga enseñanza, prendas suyas son todas que le darian, con el título de maestro, el principado de los pensadores colombianos, con no pasajera gloria de su nombre y harto provecho de la cultura americana. Yo abrigo el firme convencimiento, reconocidas todas estas superiores dotes con el exámen de la *Filosofía de la Moral*, único libro que del doctor Rojas ha llegado á mis manos, de que en vez de la guerra, que hoy se le hace desde muy distintos y áun opuestos campos, hubiera recogido, á no filiarse en aquellas ya desautorizadas escuelas, el justo lauro de la admiracion y del universal respeto.

V.

Hé aquí, mi excelente amigo, el pobre juicio que, áun sin serme posible entrar en el exámen comparativo, pendiente ante los cuerpos más sabios de Europa, me es dado formar trás la lectura del libro que ha tenido usted la bondad de remitirme, y cuya sumaria exposicion queda hecha arriba. Sucede á menudo á los escritores que en algun modo ejercen la crítica, que apasionándose de las dotes personales que ilustran á los autores por ellos juzgados, no siempre les es lícito dar su aprobacion ni ménos recibir, como buenas, sus doctrinas.

Algo de esto me acontece ahora con la *Filosofía de la Moral* y su ilustrado autor: el teson, la virilidad, la fuerza de su poderosa inteligencia, empeñada en la defensa de doctrinas aprendidas con amor en la primera juventud y acariciadas con creciente anhelo en la edad provecta, constituyen en el doctor Rojas un verdadero carácter, cuya integridad y madurez despiertan mi admiracion y cautivan mi respeto; sus doctrinas no alcanzan, en cambio, el privilegio de persuadirme y de avasallar mi espíritu, produciendo en él la tranquilidad de la conviccion, que en todo su libro resalta. ¿Quién se hallará, como vulgarmente se dice, en lo firme? Aunque tengo de mi parte la inmensa mayoría de los filósofos modernos, que buscan á la moral muy distinto fundamento del que le asigna el doctor Rojas, no sospeche usted que llevo mi pretension al punto de juzgarme dueño de la luz, dejándole envuelto en perpétuas tinieblas. Como él aguardo, en cuestion de tal importancia en órden á la moral, á la política y áun á la religion, el fallo de los cuerpos sabios de Europa, por más que no sea yo del todo partidario del criterio de las mayorías, en materias de ciencia y de conciencia; y aseguro á usted, como hombre honrado, que holgaria muy por extremo del triunfo del doctor Rojas, si hubiera de arrojar nueva y mayor luz en las esferas intelectuales.

Es, mi digno amigo, cuanto dadas las especiales circunstancias del libro y del autor, me es hacedero decir á usted sobre la *Filosofía de la Moral*, que con tanta benevolencia se ha servido remitirme. Espera, cumplidos en la forma posible sus amistosos preceptos, nuevas órdenes, como su afectísimo servidor y más devoto amigo q. b. s. m.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

Octubre 1871.

LA INSTRUCCION PÚBLICA EN EGIPTO.

Paseábamos por las calles del Cairo, deteniéndonos en cada bazar, curioseándolo todo, y no dando ni á la imaginacion ni á la vista momento de reposo.

Difícilmente habrá de hacer un hombre viaje más sorprendente ni fascinador que el de los países orientales. Parécele al viajero que sueña, y que pasa las horas realizando un cuento de las *Mil y una noches*.

La abundancia de tipos diferentes, el colorido especial de aquellas calles largas y estrechas que reciben la luz de muy alto y quebrada; el olor perfumado de los bazares donde vende el árabe las más preciadas esencias del Sodan y de la Meca; la variedad de turbantes, jaiques y milayas; los hombres atezados y de gigantesca estatura; las mujeres con el rostro cubierto por un paño y pisando sin ruido alguno en aquel suelo de arena, todo aquello *entra por los ojos*, como vulgarmente se dice, y recuerda á los españoles la dominacion árabe en nuestra patria, hasta el punto de encontrar tantos de semejanza en usos y costumbres, que lo que á franceses y alemanes les parecia cosa nueva y no vista jamás, para nosotros era cosa corriente y de uso establecido (1).

Habíamos ocupado casi toda la mañana en recorrer los bazares, olvidando por completo la hora de comer, cuando uno de los mercaderes que nos vendian tapices de Persia á módico precio, vino á recordarnos la hora sin darse cuenta de que nos hacia un servicio. Interrumpió de pronto la venta, y sin cuidarse de la desatencion en que incurria y de la molestia que en perjuicio de su venta podria causarnos, arrodillóse precipitadamente, tocó con la frente en el suelo, irguió luego la cabeza, elevó las manos y volvió á tocar el

(1) En efecto, hemos hallado en Egipto las mismas norias que en muchos pueblos de España están en uso; idéntico sistema de conduccion del yeso en sacos largos sobre los lomos de un borrico; parecido modo de abrir las puertas por medio de una cuerda, á la manera de nuestras provincias; iguales aperos de labranza; cocina parecidísima, dominando en ella el acéite; tortas, confituras toscas y buñuelos en las ferias, que tienen idéntico carácter que las de España; y una multitud de objetos que no se diferencian en nada de los que por acá se usan, y que los adelantados alemanes compraban con avidez para enseñarlos en su país como cosas rarísimas.

ZARAGOZA. ARCO ERIGIDO EN EL COSO POR EL COMERCIO EN LOOR DE S. M. (pág. 501).

ZARAGOZA.—ARCO LEVANTADO EN LA CALLE DE SAN GIL POR LA TERTULIA PROGRESISTA, Y PROCESION DE LOS GIGANTONES (pág. 501).

VIAJE REGIO.

VIAJE RÉGIO.

LOGROÑO.—ENTREVISTA DE S. M. CON EL GENERAL ESPARTERO (pág. 501).

MADRID.—PARTIDA DE TROPAS PARA MELILLA: DESPEDIDA HECHA AL CORONEL CARMONA Y FUERZAS Á SUS ÓRDENES (pág. 506).

suelo con la frente, y así continuó haciendo y deshaciendo, durante diez minutos, sin dejar de pronunciar frases en árabe, que no podian ménos de ser una oracion segun el gesto y los ademanes de que iban acompañadas.

Pronto iba á anochecer; y si hubiéramos dudado de ello, el *muezzin* que apareció en el alminar de la mezquita cercana, con los brazos cruzados y la cabeza erguida, y dando grandes voces, si bien con acento triste, al mismo tiempo que daba una vuelta entera á la torre, nos hubiera convencido de que habia llegado la hora de cerrar los bazares y de consagrarse al descanso.

En efecto; apenas los mercaderes oyeron los acentos del *muezzin*, comenzaron á empaquetar más que de prisa sus mercancías; y era vano empeño querer comprarles ya nada, pues ni á peso de oro nos hubieran vendido objeto alguno. Comenzamos á retirarnos, pues, notando de paso la fidelidad con que en estas religiones de Oriente se cumple lo admitido. Al pasar por delante de una casa no pudimos ménos de detenernos, por más que la mayor parte de los edificios que á todas horas veíamos fuesen motivo de detencion, admiracion y estudio artístico. Las celosías, los calados, las persianas árabes y las puertas afiligranadas, constituyen en el Cairo la poblacion entera. Exceptuando cuatro calles compuestas de edificios modernos, que el kedive ha hecho construir, en su aficion decidida al gusto moderno francés, el resto de la ciudad está ni más ni ménos que en los tiempos de Saladino.

La casa ante cuya puerta nos detuvimos, no habia llamado nuestra atencion por su arquitectura, sino por el cuadro que en el interior se veia.

Era un patio rodeado de columnas esbeltas, como todos los patios árabes, y áun pudiéramos decir para mejor conocimiento del lector, como los patios andaluces.

En el centro se veia un árabe tendido en el suelo, y en el espacio justo que ocupaba una alfombra raida. Fumaba una larguísima pipa de estas que usan los beduinos, y que les sirve á la vez de pipa y de vara para arrear al asno donde traen y llevan sus frioleras; y alternaba en las aspiraciones del tabaco con una especie de canto monótono y quejumbroso, que repetian varios niños de corta edad, sentados en derredor suyo.

Detrás de este grupo y al pié de una de las columnas, habia otro árabe sentado á la usanza oriental, con las piernas cruzadas, y ocupado en freir buñuelos, cuyo humo y aroma, impregnando el viciado aire del patio, producia á la vez una atmósfera sofocante y un coro de toses con que los muchachos interrumpian la canturia.

Habia en un rincon del patio, y algo más alejado del grupo de niños y del buñolero, un hombre en cueros vivos, tendido en el suelo cabeza arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos muy abiertos, cubierto de moscas y con todas las apariencias de un cadáver. Como no era la primera vez que presenciábamos espectáculo semejante, no necesitamos preguntar qué especie de hombre era aquel. Era un loco.

En Oriente se venera á los locos como á séres sobrenaturales, y se les guarda en casa cuando no es su locura furiosa, en la seguridad de que aportan venturas y preservan de males; y es harto frecuente encontrar un loco en cueros arrojado en un rincon, como aquel que servia de adorno al patio donde acabábamos de entrar, deseosos ya de analizarle por completo.

Al pié de otra columna habia una mesa de piedra, y sobre ella varias tazas de café, diminutas como todas las que en Oriente se usan, y grandes montones de tabaco griego, parecido á la hierba de alfalfa en color y forma. Detrás estaba sentada una vendedora, cubierto el rostro como es de rigor entre las de su sexo, y dándole vueltas á un rosario.

Pendian de las columnas carteles en los que se veia el silabario árabe y algunos párrafos del Koran, que eran los que leia el fumador de quien hablamos primero, y repetian los niños que le hacian coro. Y amenizando este cuadro, que iluminaba apenas el sol poniente, coceaba y daba resoplidos un borrico atado á la última columna, arrojando por las orejas los objetos que habian puesto sobre él, y que sin duda le molestaban, á saber: una escopeta de las llamadas espingardas, y varias cañas de azúcar, mal compuestas y peor atadas.

En lo alto del patio habia dos ó tres ventanas con las indispensables celosías, y detrás de ellas oíase la voz de algúna esposa cautiva, pero de buen humor, que cantaba, como ellas suelen, algo muy parecido á la triste *Soledad*, tan corriente en Andalucía.

Entraba de cuando en cuando en el patio un árabe á comprar tabaco ó á comer buñuelos, apretaba el canto la oculta caireña, redoblaba su leccion el maestro, y vociferaban los chicos, suspiraba de cuando en cuando el loco, crecia el humo y aumentaba la sombra; y ántes de que cada cual volviese á su agujero hasta el dia siguiente, nos atrevimos á preguntar á un árabe que chapurreaba el italiano, qué especie de madriguera era aquella en que estábamos; á lo cual nos contestó con seriedad alarmante, que aquella era la escuela de Ismail-Abdala, una de las primeras del Cairo.

No nos admiró que aquello fuese una escuela, porque al fin y al cabo, todo es escuela para el que quiere aprender algo; pero sí que fuese una de las primeras de una poblacion de doscientas mil almas, centro de la civilizacion del Egipto moderno y emporio de la riqueza del Oriente.

¿Qué enseñaba Ismail-Abdala á sus discípulos? No podré asegurar que les enseñaba á leer, supuesto que no les oí leer, sino repetir lecturas de su maestro; y en cuanto al resultado de la enseñanza, parecióme nulo, atendido á que los muchachos, viendo al maestro adormilado por el humo de la pipa, repetian por la milésima vez las palabras que á aquél oian, y se peleaban al mismo tiempo revolcándose sobre la arena. Y gracias que la tos por el humo producida les permitiera divertirse.

No llegaban á doce los niños; en cambio he visto más de doce mil por las calles del Cairo merodeando plátanos ó limones á los vendedores, ó dándose de cabezadas para hacerse fuertes. Esto no obstante, conviene observar que desde niños les enseñan á rezar seis ú ocho veces al dia, y á pelearse con sus tiernos amigos, porque es condicion precisa que el árabe sepa pegarse y salvarse, aunque en su vida conozca una letra.

Por más que en los siguientes dias de mi permanencia en la ciudad de Mehemet-Alí busqué todas las escuelas para hacer un estudio estadístico, no pude hallar más de quince ó veinte, cada una de ellas ocupada por quince ó veinte niños llenos de contusiones, desaseados y revoltosos, provistos de rosario y pipa, y forzudos como puedan serlo nuestros hijos á la edad de catorce años.

Emprendimos poco despues nuestro viaje de exploracion á lo largo del Nilo, y en los veintitres dias que duró nuestra expedicion, despues de haber recorrido veintitantos pueblos importantes, no pude encontrar más que cuatro ó seis escuelas en peores condiciones que la que llamó tanto nuestra atencion en el Cairo.

Gran observacion es esta para los defensores del poder absoluto y de la limitacion de la enseñanza pública. Todo es órden y tranquilidad en Egipto. Pueblo religioso ante todo, jamás se ocupa de lo que á su alrededor pasa. El virey impone tributos y los cobra á palos. Nadie protesta; ni una sola voz se queja del mal trato. No hay en ningun otro país paz parecida. Se reza y se paga. ¿No es este un gran sistema?

Cuando volvimos al Cairo para hacer nuestro viaje á Port-Said y presenciar la inauguracion del canal de Suez, la escuela de Ismail-Abdala estaba cerrada. El maestro habia resuelto no enseñar más que lo que Dios le dió, y le encontramos un dia en la calle rezando y lleno de harapos. Los discípulos andaban en cuatro piés por los alrededores.

EUSEBIO BLASCO.

PARTIDA DE TROPAS.

Con motivo de los acontecimientos de Melilla, ha salido de esta capital el valiente regimiento de Cantábria, al mando de su coronel el señor Carmona, ganoso como siempre de hacer que se respete el pabellon español por aquellas olvidadizas y bárbaras kabilas. Gran número de amigos le esperaba en la estacion para despedirle, entre los que recordamos á los señores Lagunero, Llano y Persi, Salmeron y otros, como tambien todos los comandantes de la fuerza ciudadana y varios oficiales del ejército.

El pueblo, que recuerda las glorias de nuestros valientes en África, se apresuró á llenar el andén y la estacion, para dar un testimonio de entusiasta admiracion hácia el digno y simpático regimiento que partia.

Hé aquí la escena que representa el segundo grabado de la pág. 505.

El coronel, asomado á una de las ventanas del coche-wagon, se despide del numeroso concurso; en aquel instante, la banda del regimiento, que por ahora permanece en Madrid, y que durante el trayecto á la estacion habia alternado con varios himnos patrióticos, llenó el aire con las arrebatadoras armonías del popular himno de Riego, cuyas notas se perdian entre los calorosos aplausos de la multitud, el silbato de la locomotora y el ruido de las ruedas del tren que se ponia en marcha, extendiendo por el despejado horizonte su flamígero penacho de azulado humo.

Procuraremos tener al corriente á los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de cuanto suceda en las regiones africanas, donde quizás va á empeñarse nuevamente la lucha secular de la civilizacion con la barbarie.

ESTUDIOS SOBRE LA EDAD MEDIA.

I.

Hay un período histórico conocido con el nombre de Edad Media, el que sin embargo de ser el más inmediato á nosotros, ha sido el ménos estudiado y peor comprendido; siendo así que esos siglos que enlazan la antigüedad con los tiempos modernos, son de gran interés para la filosofía y para la historia, por la influencia que han ejercido en la reorganizacion de la Europa. Mal apreciados, sin embargo, no parece sino que el entendimiento se contrae y el sentimiento se resiste á penetrar las sombrías tradiciones de esa época misteriosa: de aquí resulta la creencia generalizada y trasmitida sin fundamento, de que la Edad Media fué un retroceso en la marcha progresiva de la humanidad, no conteniendo sino el gérmen de la destruccion.

Cierto es que la época que en el órden cronológico sigue inmediatamente á la caida del imperio romano y se extiende hasta los Carlovingios, fué disolvente; pero preciso es observar que en ese flujo y reflujo que produce el desarrollo de las civilizaciones, la historia nos presenta á los pueblos, como á las sociedades, como á los individuos, sujetos todos á las mismas fases: adolescencia, edad viril, decadencia y senectud.

Así es que en los primeros siglos despues de la irrupcion de los bárbaros, y en tanto que la influencia del cristianismo se dejaba sentir entre ellos, no se produce consecuencia alguna social digna de aprecio; de los primeros pasos de aquellas hordas del Norte por los pueblos de Occidente, no quedan otros vestigios que los que señalan su codicia feroz y sus violencias; pero no por estos funestos síntomas precursores de la nueva sociedad, dejará de ser la Edad Media la cuna de nuestra civilizacion y de nuestra cultura.

Más bien que las tribus invasoras, sus mismos vicios cavaron la tumba del imperio, en la que se sepultó con las grandezas, los monumentos y las tradiciones de la Roma republicana. La antigua prosperidad de la señora del orbe habíase debilitado con el desprecio á sus antiguas instituciones: la relajacion de las costumbres eclipsó su gloria: aquellas heróicas legiones vencedoras del mundo, habian sido sustituidas por soldados afeminados ó corrompidos: por todo recuerdo de su pasado valor y de su prestigio, á la Roma de los Césares no le quedaba sino la impotencia

de su orgullo. En este lamentable estado de postracion y abatimiento, no habia una resistencia séria que oponer á la fiereza de la raza germana, dotada de un espíritu guerrero y de un valor audaz. Los fieros hijos del Norte, buscando en nuevos países comodidades de que carecian en sus bosques, invadieron en toda su extension las fronteras del imperio romano, con un arrojo sólo comparable á la impetuosidad del torrente.

Á sus rudos golpes desapareció aquella potente y vigorosa civilizacion, á través de la cual es como se perciben los triunfos de Scipion en África, las victorias de César en las Galias, y la dominacion absoluta de los romanos en todas las regiones del mundo hasta entónces conocido. Pero providencialmente, de entre las ruinas de la Roma pagana brotó el cristianismo, el que abandonando sus catacumbas, sirvió de apoyo á la nueva sociedad, que aunque indómita cree sin discutir y se dejó dominar por la ciencia teocrática. Ésta echó los cimientos á un nuevo órden jerárquico cuya base era el sacerdocio, y en medio de aquel gran sacudimiento, entre el estruendo de la guerra y el fulgor de los incendios, el mundo se ve conmovido, segun la expresion de Mr. Guizot (1), por dos palancas poderosas: *el cristianismo* y *las conquistas*.

El principio dominante de la sociedad romana habia sido la *unidad*, ó como hoy se dice, la centralizacion más absoluta: el estado absorbia al individuo. Entre los germanos, por el contrario, las manifestaciones del derecho varían hasta lo infinito; entre ellos, el poder universal desaparece, se fracciona y todo lo achica, lo mismo las costumbres, que las ideas, que la soberanía; y esto, no sólo fué debido á la índole y á los hábitos contraidos por ellos en la soledad de sus selvas, sino tambien porque es una ley constante en la vida de la humanidad, que luego que se destruye por la fuerza un principio sostenido y acatado en el trascurso de los siglos, la reaccion se lleva hasta el exceso; y por eso en la época de que nos venimos ocupando, el mundo que habia sido esclavo hasta entónces de la unidad latina, al verse libre de ella la reemplazó con el sistema opuesto, esto es, con la independencia más ilimitada del individuo. Las tribus del Norte destruian la unidad del imperio de Occidente, y establecian la dominacion individual que por necesidad habia de producir la anarquía; pero como una compensacion, el cristianismo manifiesta su presencia en la historia simultáneamente con los primitivos establecimientos de los bárbaros, y forma aquella primera época que podríamos llamar de fusion; y en medio de tantos elementos disolventes como entrañaba la nueva sociedad, el espíritu cristiano se elevaba sobre la violencia de los hechos, y en toda la sublimidad de su grandeza moralizaba con su virtud y con su ejemplo á los nuevos dominadores, mientras á la dudosa luz de sus grutas consignaba los principios más augustos del catolicismo asentando el símbolo de la fe, que debia ostentarse más tarde con toda la esplendidez de su augusta majestad, bajo las bóvedas de los templos. El paganismo se oculta y desaparece dominado por el cristianismo, que combatiendo los vicios de los godos y reprendiendo sus crueldades á los caudillos, sin otra defensa que palabras de paz y de esperanza, imponia el prestigio de su autoridad en virtud del principio religioso. *En las catacumbas*, dice con elocuencia Mr. de Chateaubriand, *existia el lazo de la sociedad que moria con la que estaba en la cuna.*

Como una manifestacion de la influencia que ejerció el cristianismo en las costumbres al desaparecer el imperio romano y bajo el mismo régimen de la barbarie, se nota que la época germano-cristiana convirtió al esclavo en siervo; y este hecho, al parecer poco importante, es de gran significacion para el porvenir, pues es un primer paso por la senda del progreso, puesto que las condiciones y los caractéres de la servidumbre se diferencian en su forma y en su esencia de la esclavitud, hasta el punto que mientras entre los paganos el *esclavo no era un hombre*, entre los germanos el siervo constituia una de las clases en la nueva organizacion social, teniendo practicable el camino de su emancipacion, como veremos más adelante.

Los pueblos del Norte, que segun Montesquieu (1) habian sido reputados siempre por los más libres que se conocian, se prestaban á seguir á un caudillo en sus excursiones, pero esto no forzosamente, sino como un acto espontáneo de su voluntad: aquellas hordas se componian, pues, no de soldados á quienes despóticamente se podia mandar ni exigir los servicios, sino de hombres libres que se habian ofrecido á obedecer bajo ciertas condiciones. Estas gentes, acostumbradas á la salvaje libertad de sus bosques, no concurrian á la conquista de nuevos establecimientos para dejarlos perder impunemente, sino con el deseo y la codicia de aumentar sus bienes y comodidades, sin cuidarse tanto del beneficio que pudiera resultar á sus jefes, como de su propio provecho.

De esta manera, cuando el espíritu de conquista se apoderó de aquellos violentos saqueadores, acometieron las provincias más fértiles y que les ofrecian más ventajas para establecerse en ellas con sus mujeres é hijos, pasando muchos años ántes que estas tribus nómadas tomaran apego á sus nuevas viviendas, las que abandonaban sin pena tan luego como otra cualquiera les ofrecia mayores comodidades ó beneficios, sucediéndose así unas á otras en todas las regiones de Occidente las colonias invasoras: la Italia, la Tracia, las Galias y hasta la misma Roma, se vieron oprimidas por diferentes razas de bárbaros, tan opuestas las unas á las otras, que ellas mismas se destrozaban con el ódio más sangriento.

Una vez establecidos en una region los invasores, consideraban la conquista como propiedad comun: el derecho que cada uno creia tener á disfrutar lo que habia contribuido á adquirir, fué el orígen de la posesion.

Aunque no conocemos documentos bastante auténticos que aclaren con exactitud la forma con que se repartian entre sí las diferentes razas el territorio adquirido (documentos que existen sin duda y serán conocidos de personas más afortunadas y más doctas), parece evidente que el orígen de la propiedad individual fué el reparto, y en muchos casos á raíz de la conquista, la posesion que los más fuertes ó los más temidos tomaban arbitrariamente de aquella porcion del territorio que creian corresponderles de derecho. Los poseedores inmediatos se convenian por beneficio mútuo á ciertas prestaciones y servicios recíprocos, que si bien les constituian en un grado relativo de dependencia, ésta tenia más el carácter de necesaria que de obligatoria. Á este dominio primitivo llamaron los germanos *alodio*, que es la primera forma del derecho de propiedad, naturalmente muy restringido en las donaciones, puesto que al jefe supremo del *alodio* se le reconocia el derecho de revertir á sí la posesion otorgada, en el momento que fuere de su agrado, y siempre que por el poseedor se faltara á cualquiera de las condiciones impuestas.

Esta subdivision del territorio fué creando necesariamente nuevas costumbres, estableció nuevos principios, y fué como el albor de un nuevo derecho ántes desconocido, que habia de tomar el nombre de sistema feudal.

Sorprende que unas razas tan opuestas entre sí, como las que invadieron la Europa, que procedian de regiones tan apartadas, que hablaban idiomas tan diferentes como diversos habian sido sus usos y costumbres, presentasen desde luego los mismos matices y accidentes en sus establecimientos, y que con tanta uniformidad aceptasen un mismo sistema social en sus nuevas adquisiciones, lo mismo el germano que el godo, el alano como el hunno y el normando; pero la causa de esta analogía y de esta identidad de instituciones debe estudiarse, comparando la igualdad de los sistemas adoptados, con la uniformidad de los peligros y de las circunstancias que rodeaban á los nuevos pobladores para conservar sus conquistas y defenderlas, no tanto contra el derecho impotente de los desposeidos habitantes, como contra la rapacidad de otros aventureros á quienes la relacion de las regiones descubiertas y los beneficios que su riqueza ofrecia, les impulsaba á abandonar sus selvas en son de guerra. Por estas causas, aquellas hordas sacrificaban algu tanto de su salvaje independencia, para lograr mayor seguridad en la posesion de lo adquirido.

Como una consecuencia legítima de su nueva manera de ser, luego que los hijos del desierto se constituyeron definitivamente en Europa, se dejó sentir entre ellos la necesidad de agruparse formando pequeñas colectividades; y de aquí la tendencia á una organizacion social compuesta de diferentes jerarquías; evolucion que se anuncia desde esa primera época anterior al feudalismo y que podríamos llamar *alodial*, donde ya encontramos en cada region un jefe supremo reconocido, de donde parte un órden de clases que termina en el siervo. Dentro de estos límites figuraban en primer término los grandes vasallos que, constituidos en propietarios en virtud de donaciones ó por el derecho de la fuerza, repartian entre sus secuaces de un órden inferior los terrenos que habian de cultivar; y así como ellos se obligaban con el superior jerárquico á contribuir en momento del peligro con un número de hombres proporcionado á la extension de sus dominios, así exigian tambien de sus inferiores servicios análogos para defender el país en caso de invasion: este órden de cosas contribuia principalmente á que los magnates se rodeasen de los elementos necesarios para asegurar su independencia, hasta que llegara el momento de imponerse al mismo jefe cuya soberanía tenian reconocida. Por otra parte, el mismo desamparo de los antiguos poseedores venia á favorecer sus tendencias, facilitándoles los medios de poner á cubierto sus tierras contra las agresiones y las correrías de sus vecinos; y á aquellas despojadas gentes que componian el estado llano y se presentaban humildemente demandando proteccion á sus mismos usurpadores, los recibian éstos en clase de colonos repartiéndoles tierras que llevaban en arrendamiento, con la obligacion de cultivarlas como siervos tributarios, mediante un cánon y la prestacion personal que se les imponia, cuyas cláusulas variaban segun las circunstancias y las condiciones de la localidad; pero en todos los casos, estos colonos venian á aumentar la fuerza y el prestigio del señor con quien se obligaban.

Insensiblemente esta reunion de colonos establecidos por toda la extension de los dominios señoriales, iba formando relaciones de intimidad y vínculos de familia: aprovechando lo favorable de las circunstancias, el cristianismo, rompiendo el estrecho recinto de sus grutas, revestido de una autoridad más respetada que combatida, conquistaba la piedad de los fieles, con cuyo auxilio levantaba sus monasterios en los sitios que encontraba abandonados más próximos á las nuevas viviendas, y de esta manera la iglesia y el castillo fueron los puntos convergentes de aquellas microscópicas asociaciones que nacian entre la *luz del Evangelio* y *la oscuridad de la barbarie*.

Esta unidad de intereses no podia ménos de ser transitoria en una sociedad tan inculta y tan turbulenta, y así no pasó mucho tiempo sin que los grandes vasallos se consideraran bastante potentes para sacudir la dependencia de sus caudillos.

Ya al llegar el siglo VI, el fraccionamiento del poder habia ido debilitando el ejercicio de la autoridad suprema, y llegó el momento en que los magnates, aprovechándose de la superioridad que les daba la extension de sus dominios y lo numeroso de sus gentes y hombres de guerra, exigieron violentamente ser reconocidos por señores absolutos de los territorios que poseian. Una vez obtenido el dominio perpétuo, se dieron títulos honoríficos, los que constituyeron en hereditarios y se trasmitian con los bienes de padres á hijos, siendo este el orígen de las famosas baronías, primera aristocracia del sistema feudal (1).

El feudalismo, entónces independiente del sobera-

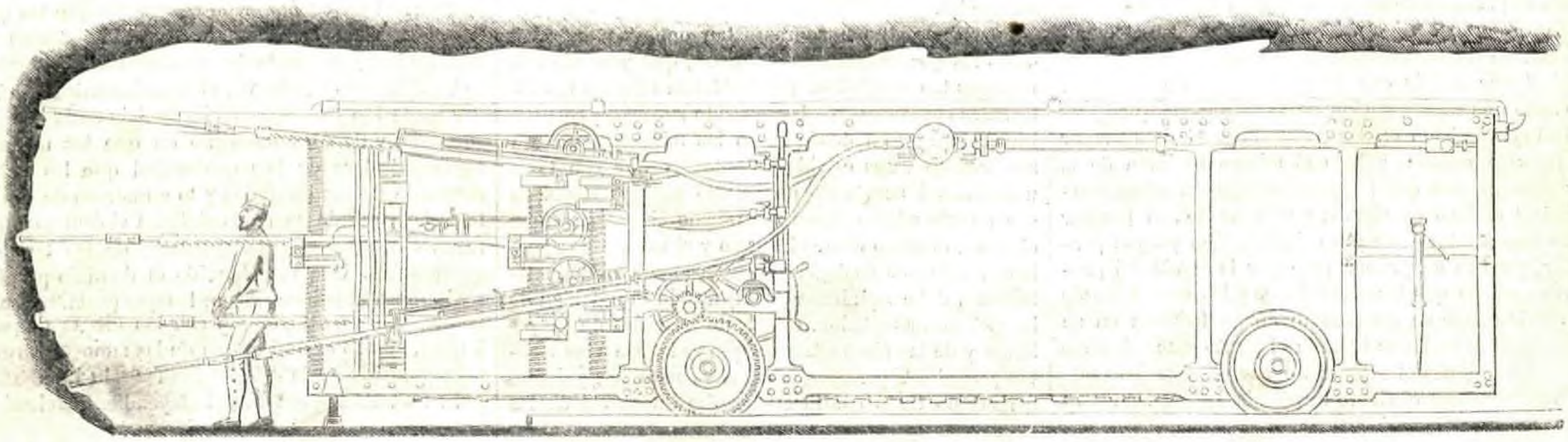
(1) Historia de la civilizacion de Europa.

(1) *Esprit des lois*, lib. 17, cap. 3.º

(1) Prescot. *Hist. de Cárlos V*, t. 1.º

INAUGURACION DEL TÚNEL DEL MONT-CENIS.—EL TREN DE LA COMISION REGIA, ATRAVESANDO EL TÚNEL (pág. 510.)

SECCION LONGITUDINAL DEL TUNEL.



LA MÁQUINA PERFORADORA DE LOS ALPES.

ITALIA.—INAUGURACION DEL TUNEL DEL MONT-CENIS: LLEGADA DEL TREN DE LA COMISION (pag. 510).

TURIN.—LA ALAMEDA DE LOS PLÁTANOS TRANSFORMADA EN TUNEL (pag. 510).

TURIN.—ILUMINACION DEL EMBARCADERO, CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL TUNEL DEL MONT-CENIS (pág. 510).

no, se impone á la teocracia; cada jefe de feudo acuña moneda, entendiendo por sí en todos los negocios civiles y criminales de su territorio, resolviendo en ellos sin apelacion, lo mismo que declaraban la guerra á sus enemigos sin tener para nada en cuenta la autoridad del soberano.

Pero si bien es un hecho que la subdivision del territorio y el fraccionamiento del poder producian la anarquía, tambien es cierto que entónces el individuo empezó á revelar el sentimiento de su propia fuerza, para imponerse en la marcha progresiva de su regeneracion; y ese momento de actividad social con que se anuncia el segundo período histórico de la Edad Media bajo la forma de una disolucion de los vínculos sociales contraidos laboriosamente durante los primeros siglos de la conquista, no fué, por el contrario, otra cosa que un eslabon de la cadena de la civilizacion, que andando el tiempo habia de trasformar al jefe en monarca, al señorío en municipio y al colono en ciudadano.

MANUEL CASTRO Y GUERRA.

(Se continuará.)

INAUGURACION DEL TÚNEL DE MONT-CENIS.

Una de las obras más importantes por su atrevimiento y utilidad que registra el mundo científico en sus anales, es sin duda alguna la que acaba de llevarse á cabo en Italia despues de veinte años de titánicos esfuerzos por los hombres que la concibieron y la han dado cima: obra que demuestra hasta qué punto la ciencia y la constancia en inteligente amalgama pueden remover los mundos y realizar verdaderos milagros.

Hablamos de la perforacion del Mont-Cenis, que es ya un hecho, prácticamente demostrado.

Ninguna alabanza más completa puede imaginarse de la raza latina que esa maravilla de la ciencia, llevada tan gloriosamente á cabo, y que nos sugiere la idea de aconsejar á la raza sajona que mire más por sus laureles, y emprenda alguna de esas obras gigantescas que eternizan en la historia los nombres de los pueblos.

La sombra de Napoleon I, recordando sus campañas de Italia, se regocija en el fondo de su marmóreo sepulcro.

El Mont-Cenis es la plataforma central de un grupo de los Alpes romanos entre dos de sus más enormes picos. Existen allí pueblos como San Miguel, French y Lusa, que en 1832 eran de escasa importancia á causa del aislamiento en que su posicion y las asperezas de la montaña los colocaban. Posteriormente, á fin de remediar esta dificultad, Mr. Fell y otro ingeniero mecánico pidieron y obtuvieron permiso del gobierno para construir ferro-carriles de su propia invencion, de rápidas pendientes, que uniesen entre sí los ya citados pueblos y otros de ménos importancia, facilitando de este modo las transacciones comerciales, y llevando la vida á comarcas apartadas é incomunicadas durante el invierno, por las enormes avalanchas del Mont-Cenis.

Pero esto era poco: la ambicion de la ciencia no se satisface nunca; siempre hay en el mundo alguno de esos grandes pensadores de la humanidad, somnámbulos de lo imposible, en cuya mente hacen nido esas ideas grandiosas, lo mismo que el ruiseñor entre el ramaje de su árbol.

En 1850, el célebre conde de Cavour, ese eminente patricio á quien la Italia tanto debe, asociado á monsieur Grattoni y á algun otro ingeniero, concibió la portentosa idea de perforar el Mont-Cenis por medio de un túnel, obteniendo permiso del gobierno italiano. Los estudios empezaron con extraordinario afan; y por lo mismo que la obra era gigantesca, hubo mayor empeño en vencer los obstáculos.

El primer experimento se hizo en Agosto de 1857 con una máquina perforadora, demostrando la casi absoluta imposibilidad de llevar á cabo semejante empresa. Los obstáculos insuperables que en aquel primer paso se presentaron, no fueron bastantes á detener la constancia de los inventores del túnel.

Al contrario; los trabajos prosiguieron en mayor escala, áun cuando las dificultades eran más insuperables cada vez; habia en la montaña verdaderos raudales de agua, que era preciso desecar, y estas operaciones preliminares, estos obstáculos que surgian de repente, paralizaban el principal pensamiento, absorbian sumas enormes, y lo que es más sensible aún, muchos infelices jornaleros quedaban sepultados en las entrañas de la tierra, que, tal vez irritada ante el atrevimiento del hombre, buscaba víctimas á su venganza. Una de las comarcas más castigadas en su contingente de hombres ha sido la de San Miguel, la cual ha visto morir de esa manera la flor de sus braceros.

La falta de espacio nos impide seguir paso á paso esta verdadera obra de titanes. Si, nos lamentamos de que uno de sus iniciadores, el principal, no haya podido verla realizada; el conde de Cavour ha bajado al sepulcro sin contemplar su pensamiento gigante, abriendo tan extraña comunicacion entre dos naciones amigas.

Por último, el 17 del pasado mes se verificó la inauguracion oficial del gran túnel de Europa.

Los ministros que más entusiasmo han demostrado por el pensamiento durante los trabajos, y que más han contribuido á su desarrollo, han sido el señor vizconde Venosta, ministro de Negocios extranjeros; Mr. Vicense, de Comercio y Agricultura; Mr. Nigra, embajador en Paris; Mr. Amelot, director de caminos de hierro de la alta Italia, y los señores Grandós y Grattoni, ingenieros del túnel.

Es imposible describir el entusiasmo que reinaba en Turin y pueblos comarcanos el dia de la inauguracion oficial del túnel de los Alpes entre Col y Frejus. En Bardonnechia hubo un gran banquete, en el cual Mr. Lefranc, ministro francés de Agricultura, Industria y Comercio, pronunció un entusiasta y caluroso brindis á favor de los ingenieros de Italia y Francia.

Al propio tiempo se celebró la ceremonia de la colocacion de la estátua erigida á Paleocap, profesor de la universidad de Turin y ministro de Obras públicas en Cerdeña, cuando el gabinete del conde de Cavour.

Han asistido á esta gloriosa solemnidad el ministro francés, el príncipe Eugenio de Carignan, primo del rey Víctor Manuel, Mr. Lesseps, lady Hay, mister Girban y Port-Kirpatrick, la comision régia, otros particulares de todas las sociedades científicas de Italia y Francia, y muchos hombres célebres de diversas naciones de Europa. Tambien fué invitada la baronesa Berdet Cortts, fundadora del hospital de Birmingham. La ceremonia fué digna y el banquete espléndido; la Guardia nacional y el ejército fraternizaban con el pueblo.

Se han distribuido 5.000 libras entre los pobres de los pueblos limítrofes á Francia, y 20.000 entre los de Italia.

Entre los festejos preparados por la ciudad de Turin, figura un arco triunfal imitando la entrada del túnel, del gusto más exquisito, adornado con millares de luces de diversos colores, que formaban un espectáculo encantador, animado con los frenéticos aplausos de la entusiasta multitud; como asimismo la iluminacion del embarcadero del ferro-carril.

Estos dos grabados damos hoy á nuestros lectores en las págs. 508 y 509, con un plano de la gigantesca obra del Mont-Cenis en la pág. 512, y una vista de la máquina perforadora en la 508.

UN LIBRO DE FILOSOFÍA ORIGINAL ESPAÑOL.

EL DERECHO NATURAL.

POR DON JUAN ALONSO EGUILAZ.

Nada más extraño, nada más fuera de lo que comunmente sucede en nuestra patria, que la publicacion de un libro científico; y áun más particular y extraño, que sea original. En esta tierra clásica de la poesía y la holganza, pues no desmentiremos en mucho tiempo que tenemos en nuestras venas sangre de árabes y sangre de frailes, hay una riquísima tradicion artística; pero la científica fuerza es, para hallarla, remontarnos á los remotos tiempos de la Edad Media, gracias al período de tres siglos, en los que austriacos y borbones, inquisidores y guerreros, se dieron tan buena maña para agostar en flor los ópimos frutos de la hispana inteligencia, que á más miserable estado difícil es pueda reducirse una nacion valerosa y de merecida fama.

Los austriacos nos impulsaron á las conquistas y al mantenimiento de una religion, que quisieron confundir con la patria; los borbones nos pusieron bajo la égida de la Francia, haciéndonos correr estúpidas aventuras; y si bien en sus últimos tiempos, vencidos por la idea regeneradora de nuestro siglo, aparentaron un constitucionalismo convencional en provecho de una pandilla, á sus ojos bien quista, la nacion tuvo que reñir de continuo terribles batallas, para defender su libertad y sus derechos, desde las alturas sistemáticamente combatidos. Esta lucha incesante, esta desconfianza sin tregua, este como espionaje sin vagar, por parte de los oprimidos, explican la imposibilidad absoluta del progreso en las ciencias y en los estudios puramente especulativos. La virtud del estudio necesita para desenvolverse y determinarse una impasible serenidad, una calma imperturbable de inteligencia, que le han estado vedadas hasta ahora al claro ingenio y la perspicua mirada de los españoles. La tranquilidad, el reposo, la vida ordenada, son grande parte para que la razon florezca y el espíritu científico se desarrolle. La ciencia es severísima matrona, que sólo deja gustar la miel de sus amores á los que con inquebrantable constancia la adoran y jamás desmayan ante las esperanzas, ni las contrariedades les rinden. Así es que, si en cuenta todas estas circunstancias tenemos, no elogiaremos bastante á los pocos varones constantes que, á pesar de las tempestades de nuestra existencia nacional, han tenido suficiente abnegacion para entregarse á las meditaciones del alma, arrullados quizá por las cóleras populares y el estampido de los cañones de la realeza.

El señor don Juan Alonso Eguilaz es un aventajadísimo jóven, á quien los estudios filosóficos, tan descuidados en nuestra patria, deben atencion constante, y el público bien meditados trabajos científicos, entre los que merece particular estima el que últimamente ha consagrado á la ciencia de la filosofía, en cuanto se relaciona con el derecho.

La ciencia en su desarrollo necesita el método, que no es sino el ordenado y sistemático desenvolvimiento de las verdades parciales ó de detalle, siempre bajo una unidad, clara, determinada, que sin oponerse á la espontaneidad del ingenio, es orígen de todas las especulaciones y derivaciones científicas, y su más estrecho lazo de armonía. Hasta aquí, todas las obras que acerca de la filosofía del derecho conocíamos, se resentian de falta de método: mejor dicho, de ese detenido estudio analítico que precisa y determina las diversas ramas de una ciencia, y que obedece á una síntesis originaria y causal, en la que está comprendido y perfectamente explicado el principio fundamental del derecho. No fundamentaban bien, con exactitud, sin ambigüedad alguna la raíz, el orígen, la causalidad, y sin una unidad superior y claramente fijada á que referir el derecho en sus varias determinaciones; no hacian más que, dejándose llevar del claro ingenio y del sentimiento de la justicia, reducir la ciencia á generalidades sin enlace y vagas fórmulas, en su mayor parte incomprensibles. Y así es que en cada una de las diversas partes del derecho, al tratar de cada una de las cuestiones parciales y de relacion, sentaban fundamentos desligados del todo, que respondian únicamente á la necesidad del instante, y que, cuando más, hijos del buen sentido, no podian tomarse en cuenta, si un estudio sintético y de unidad emprender se deseaba. La razon de los testamentos en los tratadistas para nada se relaciona con lo que en sí el derecho sea, y el fundamento de los contratos no se explica por ninguno de los altos principios que como originarios en ciencia son considerados. De aquí una confusion, una falta de unidad, una diversidad tan incomprensibles; y de aquí la absoluta carencia de un estudio verdaderamente científico y sistemático del derecho.

A esta necesidad primera, á esta urgente necesidad científica, ha atendido el señor Alonso en la obra que estudiamos, y en la que con una unidad de concepto y un gran sistema lógico, desenvuelve la ciencia del derecho, determinando su esencia y su origen, explicando su modo de ser y su natural desarrollo, analizando sus diversas partes, para terminar con una clasificacion digna de muy detenido exámen, y ajustada en un todo á la razon que preside, segun su criterio filosófico, á toda la ciencia del derecho.

El señor Alonso empieza en su obra definiendo á Dios y estudiándole, como la unidad absoluta, anterior y superior á toda diversidad, y como la razon, la causa eficiente de la vária y concertada vida de los séres. En el primer concepto encuentra que Dios es absoluto, por ser en si independiente y sin subordinacion á otra manera de ser, é infinito por ser todo lo que es. En el segundo concepto, es causa y orígen de vida, y así considerándole, entra á determinar lo que la creacion sea, y halla que es una determinacion interna y á él subordinada, reflejando los séres dentro de los límites de su naturaleza, los caractéres determinantes de la esencia divina. En la riqueza y variedad de modalidades, bajo la unidad del sér, encuentra el señor Alonso la mayor perfeccion, y en el mayor sentido íntimo la expresion determinada del progreso en la creacion, por cuanto más el sér se posee, y es de sí propio dueño, más se eleva sobre todos los otros y alcanza mayor perfeccion en la vida.

Determinados el concepto de Dios y las relaciones íntimas que entre Dios y la creacion existen, como expresado lo que el progreso sea, lógicamente para el señor Alonso, á la definicion de la idea del bien, y por él considera la realizacion (por cada sér) de su esencia en el tiempo. Dios, en el concepto de unidad anterior al tiempo, es ajeno al bien; como causa de la multiplicidad, es el bien supremo. Los séres realizan el bien, cuanto más conciencia tienen de sí propios, cuanto más de sí mismos son dueños; y como Dios no puede desamparar á los ménos perfectos, que dentro de los límites de su naturaleza nunca llegarán al sentido íntimo de los que con mayor riqueza de modalidades pueden llegar de una manera más completa á realizar el bien, la muerte viene á poner á aquellos en condiciones de aptitud y posibilidad dentro del nuevo órden de existencia, á que pasan, en el que se transfiguran.

La condicionalidad, la necesaria dependencia de los séres, segun la que ninguno se basta á sí propio para realizar el bien, se determina con prolija exactitud en la obra que reseñamos, precisando el órden, número y calidad de los servicios, segun la cantidad é índole del desarrollo de los séres.

La condicionalidad de los séres es el fundamento del derecho, que reviste el carácter de exigibilidad, por en cuanto es, al cumplirse, necesario, indispensable para la existencia. Pero la nocion del derecho no está circunscrita, no está limitada á la manera de ser y existir del hombre, si que, pues la condicionalidad se refiere á todos los séres, y en la condicionalidad su razon y la necesidad de su fundamento se asientan, su esfera de vida y accion es más ámplia, y dentro de ella todos los séres se comprenden y á todos los séres abarca.

Para comprender bien la teoría que el señor Alonso desarrolla respecto á la propiedad, en contraposicion al derecho, que con tanta facilidad confunden los tratadistas, es necesario tener en cuenta las doctrinas de regeneracion y mejoramiento en las diversas vivificaciones, por las que los séres pasan sucesivamente, cumpliendo así su destino, y de ese modo, pudiendo perfeccionarse gradualmente, que el mismo autor hace algun tiempo expuso en un notable libro destinado á dilucidar la gravísima cuestion de la inmortalidad del alma. Sólo así se vendrá en conocimiento de lo que significa y vale la distincion que entre el derecho, como facultad de exigir en el sugeto, y la propiedad como inherente al sér en si propio, y no desligada de él, por cuanto en él se encierra, y en sus propias condiciones de existencia se funda. De aquí que el autor considere como derechos contra séres extraños, todos aquellos que tienen su raiz en la necesidad del ser, y que se fundan en sus propias modalidades ó en sus cualidades diferentes, y que los tratadistas confunden con la propiedad. El sér para desenvolverse necesita de los demás; tiene en sí mismo condiciones de aptitud, que constituyen la nocion de la propiedad, y mediante las que exige la satisfaccion de sus necesidades y el respeto á su realizacion, fundándose en estos extremos los derechos contra los séres extraños, que auxilian en su desenvolvimiento á aquel que de ellos exige cuanto les está prohibido negar. Quizá parezca confuso cuanto llevamos dicho, ó cuando ménos sutil y alambicado; mas teniendo que limitar nuestras observaciones críticas por la demasiada extension de este artículo, al notable libro que analizamos remitimos al lector curioso é inteligente.

En idéntica teoría fundado, pasa el señor Alonso á expresar lo que el hombre sea, el lugar que ocupa, y las diferencias que existen entre él y los demás séres. Niega la existencia del reino hominal, demuestra la gradacion progresiva que determina la vida y as trasfiguraciones de los séres, y despues de analizar las condiciones y modalidades, como las circunstancias y detalles externos que fijan y precisan su carácter, encuentra en la cantidad y en la direccion del desarrollo, segun sea absoluto ó relativo, permanente ó accidental, y siempre dentro de su ámplia teoría de vivificaciones, la expresion más acabada para marcar y señalar las diferencias entre los séres. La cantidad del desarrollo absoluto se refiere al que alcanzan los séres en su existencia superior: la del relativo, el que realizan parcial y determinadamente, subordinados á una vivificacion particular y limitada: la direccion permanente se perpetúa en los séres á través de sus progresos; la accidental es hija de las circunstancias y de las impulsiones del momento. Tal division, con caractéres tan determinados, y obedeciendo á tan sustanciales principios, es de una importancia tamaña en la obra á que nos referimos, por base y sustentáculo de la magnífica clasificacion que de los derechos en su segunda parte el señor Alonso consigna.

La clasificacion es original, clara y bien entendida. No ha querido el señor Alonso dejarse llevar por la rutina, adaptando la suya á tantas y repetidas divisiones, sin órden ni método, puramente particulares é hijas del detalle, y á una cuestion parcial, correspondientes; ántes bien, hermanándola con las investigaciones científicas que en la primera parte de su libro hiciera, basándola en las verdades adquiridas, y á la unidad científica que preside todo su estudio subordinándola, logra, no ya salir airoso de su empresa, si que dar una clave segura para fijar con precision los caractéres determinantes de las diversas familias de derechos, con tal precision expresados, que diferencian unas de otras notablemente, y se comprenden á primera vista las condiciones esenciales que en ellas dominan. El señor Alonso empieza su clasificacion dividiendo los derechos en simples y complejos. Fundándose en la *necesidad* como origen del derecho, tantas y tales, cuantas y cuales sean las necesidades de los séres humanos, corresponderánse los derechos humanos. Mas las necesidades no son iguales en los séres, y segun tengan más ó ménos, así la familia, el grupo, la clase de derechos correspondientes alcanzará una importancia relativa, representando una categoría diversa. Sentados los principios de la cantidad y direccion del desarrollo de los séres, en los que se fundan principalmente las diferencias de sus necesidades, la clasificacion, ajustándose á ellos, no puede ser más clara y más justificada, reduciendo los derechos simples á derechos por razon de la cantidad de desarrollo del sér que los posee. Y segun que sea la cantidad absoluta ó relativa, y la direccion permanente ó accidental, así se pueden formar subdivisiones parciales de derechos simples; y como los complejos no son sino derechos simples que hacen á otros referencia, con combinarlos entre sí, siempre en consonancia con los anteriores fundamentos de division, se llegará fácilmente, como lo hace con una prolijidad maravillosa el señor Alonso, á la total clasificacion de todos los derechos humanos.

Bien entendidos los fundamentos que se sientan, como los únicos sustanciales para la ciencia del derecho, y analizado con distincion su concepto, bien claramente se comprende la trascendencia de la clasificacion que dejamos apuntada, y se explica el carácter levantado de las soluciones que el autor del libro, al entrar en la particularizacion de los derechos clasificados, ha de dar á todas las importantísimas cuestiones relativas á la sociedad y á la familia, así como la radicalísima apreciacion que hace, tanto de las instituciones del órden civil, como de las que al Estado y al arte del gobierno se refieren. Libre de perjuicios hijos de preocupaciones hipócritas, atento sólo al desarrollo lógico y sistemático de los fundamentales principios que constituyen el firme pedestal sobre el que se levanta augusto y magnífico el derecho, el señor Alonso sienta teorías en un todo conformes con el espíritu progresivo de nuestra edad, tanto acerca del Estado y del individuo, como de la sociedad y la familia. Seguirle en tan dilatado trabajo fuera prolijo en demasía, á más de inoportuno, pues que el claro ingenio del lector, comprendidos los fundamentos, no podrá ménos de deducir á qué órden han de corresponder las consecuencias.

Para concluir y determinar el criterio que el señor Alonso ha seguido en su obra, trascribiremos las siguientes frases que en la dedicatoria al ilustre orador y eminente jurisconsulto, don Cristino Martos, estampa, y con una síntesis perfecta del concepto que el autor ha formado de la ciencia del derecho:

«..... la ciencia del derecho será inexplicable, mientras encerrados los autores en los límites estrechos de este mundo, no le enlacen con el resto de la creacion de que forma parte integrante, y no consideren la vida de cada sér como una cadena que, compuesta de infinitos eslabones, se continúa perpétuamente á través de continuas existencias, sucesivamente más perfectas, en la inmensidad de los espacios celestes.....»

G. Calvo Asensio.

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 21, compuesto por V. Portilla (Méjico).

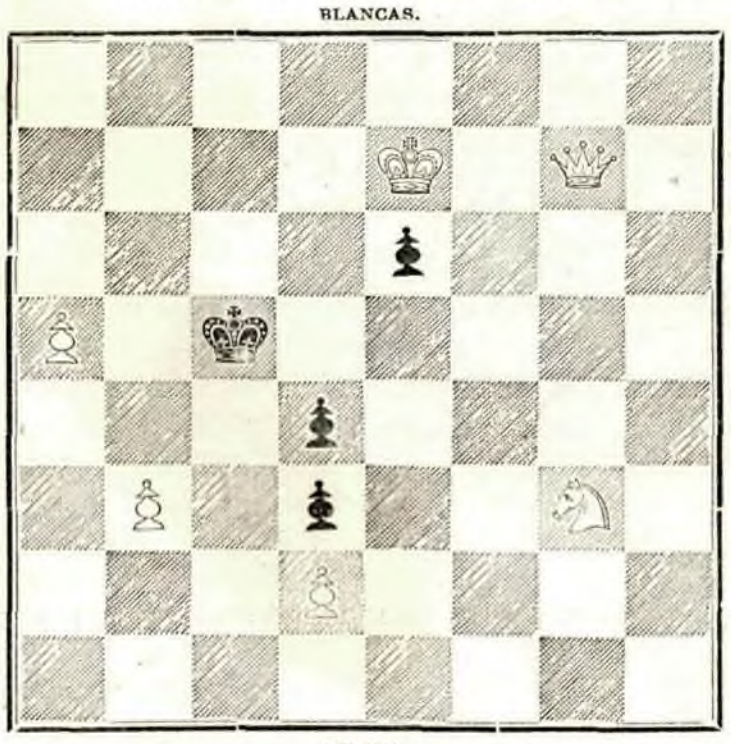
BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª D 7 TR.	1.ª P 4 TD.
2.ª D 3 D jaque.	2.ª lo que quiera.
3.ª A ó D dan mate.	

Las otras variantes son fáciles.

PROBLEMA NÚM. 22.

COMPUESTO POR V. PORTILLA (MÉJICO).

BLANCAS.



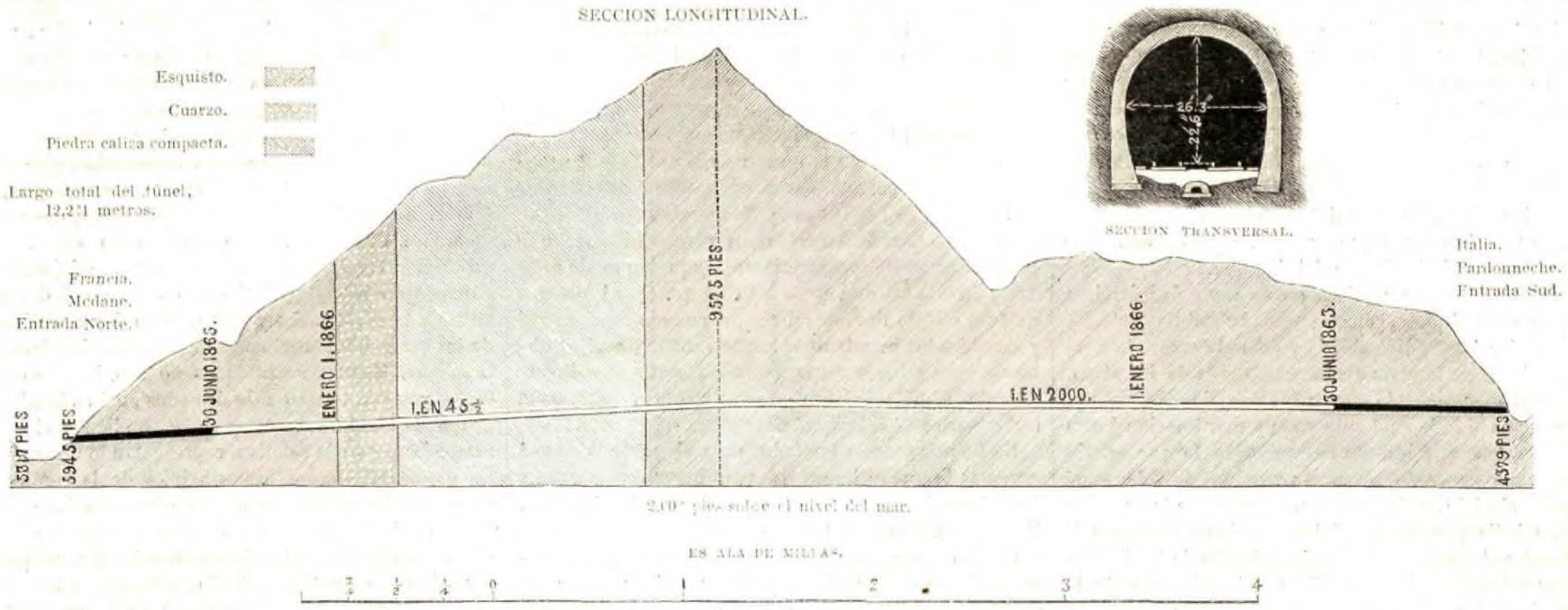
NEGRAS.

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SEVERINO GRATTONI,

INGENIERO DEL TÚNEL DEL MONT-CÉNIS.

Vamos á hablar de uno de esos soldados de la inteligencia, de una de esas capacidades extraordinarias, hijas de todos los siglos, de todas las doctrinas, luminosos fanales de la gloria de Dios, que ilumi-



PERFORACION DE LOS ALPES: SECCIONES LONGITUDINAL Y TRANSVERSAL DEL TÚNEL.

nan sus actos en este mundo; de uno de esos genios del estudio y del trabajo, que combaten siempre en primera línea, cuando se trata de arrancar sus secretos á la naturaleza, cuando se trata de las conquistas humanitarias de la ciencia.

Grattoni, uno de los hombres que acaban de llevar á cabo gloriosamente la obra quizá más importante del siglo, bien merece un sitio en las columnas de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, por más que sea pequeño el pedestal para tanta gloria.

Con la celeridad posible, y atendiendo al poco espacio de que disponemos, vamos á reseñar algunos rasgos principales de la biografía de este grande hombre.

Severino Grattoni nació en Voghere el 7 de Diciembre de 1816. Su hermano, ingeniero tambien, aunque más jóven, se encargó de su educacion, manifestando desde su más tierna edad inclinacion á la carrera eclesiástica, por más que nunca debiera brillar en ella.

No sabemos qué pudo influir en su ánimo para que esto no fuese así; tal vez su aficion á las ciencias físicas, tal vez alguna otra circunstancia que no ha llegado á nuestra noticia. Es lo cierto que el jóven Grattoni dejó la teología, y pasó á la Universidad de Turin, bajo la direccion del célebre Mazziniani, donde se entregó al estudio de la ciencia predilecta, las matemáticas en toda su extension, terminando la carrera en 1847.

Desde aquella época empezó á darse á conocer por sus escritos científicos, que publicaron la *Concordia* y el *Ricsorgimento*, escritos llenos de doctrina, que demostraban en teoría lo que más adelante habia de ser su autor como práctico.

Sus discursos sobre matemáticas sublimes eran oidos con profunda atencion, llevando el convencimiento á su auditorio.

Fué ingeniero general de Italia á los tres años de terminados sus estudios, habiendo dirigido algunas obras de importancia en su país y en Francia, siendo tal vez por esto mismo consultado por Cavour en 1850 cuando se concibió el pensamiento de la perforacion de los Alpes.

MONSIEUR GRATTONI, DIRECTOR DE LAS OBRAS DE PERFORACION DE LOS ALPES (pág. 511).

Su vasta instruccion y profundo conocimiento le alcanzaron la gloria de llevar á feliz término una obra que entónces se tenia por quimérica. Grattoni ha venido á demostrar lo contrario.

En veinte años de incesantes trabajos ha probado su constancia, superior á los obstáculos que por todas partes surgian. Su acertada direccion ha sido, digámoslo de una vez, el eje del pensamiento primordial, y la palanca de Arquímedes.

De hoy más, la historia guardará un puesto de honor y una brillante página al genio de Severino Grattoni.

Justo es que, aunque de paso, hagamos mencion de uno de sus colaboradores en tal empresa.

Germano Someiller nació en 1815 en Saint-George, pequeña poblacion de Chamounix; su familia, aunque honrada, era humilde. Fué educado por el abate Ducrey, director del colegio de Melan. Desde su más tierna edad descubrió un genio ardiente y emprendedor, siguiendo con aprovechamiento sus estudios en la Universidad de Turin hasta 1835.

Posteriormente, su talento y el destino le acercaron á Grattoni, para concluir entre los dos una obra que es hoy la admiracion de todo el mundo y será gloria imperecedera para ambos.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET, Libertad, 29.